

CÉSAR FORNIS  
(COORD.)

# MITO Y ARQUEOLOGÍA EN EL NACIMIENTO DE CIUDADES LEGENDARIAS DE LA ANTIGÜEDAD



UNIVERSIDAD D SEVILLA  
Secretariado de Publicaciones





MITO Y ARQUEOLOGÍA  
EN EL NACIMIENTO DE CIUDADES  
LEGENDARIAS DE LA ANTIGÜEDAD



CÉSAR FORNIS  
(COORD.)

MITO Y ARQUEOLOGÍA  
EN EL NACIMIENTO DE CIUDADES  
LEGENDARIAS DE LA ANTIGÜEDAD



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

SEVILLA 2012

Serie: Historia y Geografía  
Número: 241

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino (Director del Secretariado de Publicaciones)

Carmen Barroso Castro  
Jaime Domínguez Abascal  
José Luis Escacena Carrasco  
Enrique Figueroa Clemente  
M<sup>a</sup> Pilar Malet Maenner  
Inés M<sup>a</sup> Martín Lacave  
Antonio Merchán Álvarez  
Carmen de Mora Valcárcel  
M<sup>a</sup> del Carmen Osuna Fernández  
Juan José Sendra Salas

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación y sistemas de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: “*The Persian Porch and the place of consultation of the Lacedemonians*” (ca. 1816) de Joseph Michael Gandy (1771-1843), acuarela que se encuentra en The Getty Research Institute, Los Angeles y a quien agradecemos el permiso de reproducción

Diseño de cubierta: Santi García. santi@elmaquetador.es

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2012  
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla  
Tlfs.: 954 487 447 - 954 487 452; Fax: 954 487 443  
Correo electrónico: secpub4@us.es  
Web: <http://www.publius.us.es>

© CÉSAR FORNIS (coord.) 2012  
© De los textos, sus autores 2012

Impreso en papel ecológico  
Impreso en España - Printed in Spain  
ISBN: 978-84-472-1439-6  
Depósito Legal: SE 4758-2012  
Maquetación: Santi García. [www.elmaquetador.es](http://www.elmaquetador.es)  
Imprime: Ulzama Digital

# — ÍNDICE —

PRÓLOGO.....	9
César Fornis. <i>Universidad de Sevilla.</i>	
I. ATENAS .....	13
Domingo Plácido. <i>Universidad Complutense, Madrid.</i>	
II. ESPARTA .....	25
Massimo Nafissi. <i>Università degli Studi di Perugia.</i>	
III. TEBAS .....	59
José Pascual. <i>Universidad Autónoma de Madrid.</i>	
IV. CARTAGO.....	103
Fernando Prados Martínez. <i>Universidad de Alicante.</i>	
V. ROMA .....	137
Jorge Martínez-Pinna. <i>Universidad de Málaga.</i>	
VI. GADIR.....	153
Adolfo J. Domínguez Monedero. <i>Universidad Autónoma de Madrid.</i>	



## — PRÓLOGO —

El libro que aquí presentamos emana de las Jornadas que, bajo el título *El nacimiento de las ciudades en la Antigüedad clásica: entre el acervo mítico y la realidad arqueológica* nos reunieron en la Universidad de Sevilla los días 3 y 4 de noviembre de 2011 y que tuvieron una gran acogida entre estudiantes de Grado y Posgrado, colegas e incluso interesados en el mundo clásico. Como entonces las Jornadas, el libro busca un objetivo principal: analizar el nacimiento y conformación, tanto en el plano mítico y literario como en el arqueológico, de un elenco de ciudades legendarias de la Antigüedad clásica que han marcado con su impronta el pensamiento y la cultura occidentales, ciudades cuyos meros nombres desatan nuestra imaginación: Atenas, Esparta, Tebas, Roma, Cartago y Cadir. Los progresos paulatinos de la ciencia arqueológica en los últimos años han confirmado, modificado o refutado, según los casos, la información aportada por la tradición literaria, compleja y sesgada en virtud del poder alcanzado por estas ciudades estado. Se trata por lo tanto de una puesta al día de nuestros conocimientos científicos sobre el origen de estas poderosas y emblemáticas ciudades, casi siempre oscuro y teñido por el mito, hondamente arraigado en una época arcaica en la que aún era infrecuente el uso de la escritura. A través de la exégesis, interpretación y contrastación de las fuentes literarias y las fuentes arqueológicas, los autores intentan, y según nuestro criterio lo consiguen, arrojar luz y facilitar la comprensión de los distintos elementos que intervienen en la fundación (urbanísticos, cívicos, institucionales, culturales), y a la vez en la proyección ideológica, de dichas ciudades. En este sentido, cada uno de los seis antiguos ponentes y ahora autores de los respectivos capítulos ha sido seleccionado por ser un excelente conocedor de la ciudad cuyos orígenes, reales e imaginarios, presenta con lenguaje claro y asequible, pero a la vez preciso, sin renunciar en ningún caso al rigor científico. Ellos se convierten en competentes guías para conducirnos por los intrincados vericuetos de los mitos fundacionales grecorromanos del

Arcaísmo, de esa *Age of Experiment* –como fuera bautizada por los arqueólogos anglosajones y perpetuada en el subtítulo del ya clásico *Archaic Greece* de Anthony Snodgrass (Londres, 1980)– siempre en transformación y sometida a los vaivenes dictados por los continuos hallazgos arqueológicos, no con la intención de arrumbar tales relatos etiológicos, sino de explicarlos y racionalizarlos, como una vía para acercarnos y comprender a las gentes que los dieron vida, los difundieron y, por qué no decirlo, en muchas ocasiones los instrumentalizaron. Quizá baste un único ejemplo para ilustrar la raigambre, autoridad y trascendencia de algunos de estos mitos: en 337, tras una batalla de Queronea que le había hecho dueño de Grecia, Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno, se sirvió de la famosa tradición sobre el retorno de los Heraclidas, los hijos de Heracles, para trazar las fronteras “históricas” entre los estados del Peloponeso, erigiéndose desde entonces en fuente de derecho para subsecuentes querellas y reajustes geopolíticos en el seno de la isla de Pélope.

En tanto adecuada y solvente síntesis científica, con ribetes de alta divulgación, este libro colectivo va dirigido a un espectro de lectores muy amplio, entre quienes podemos contar a los estudiantes de Grado y Posgrado de la titulación de Historia, en particular a los especializados –o sin serlo, interesados– en la Historia Antigua, la Arqueología Clásica y la Filología Clásica. Esperamos honestamente que, asimismo, alguno o varios de los trabajos aquí reunidos pueda(n) aportar o enriquecer el caudal científico de nuestros colegas historiadores, filólogos y arqueólogos. Y, por último, pensamos que el público culto interesado en el mundo clásico también podrá encontrar en este libro un buen pretexto para su avidez de conocimientos. A tal fin, los seis capítulos aparecen jalonados de ilustraciones, mapas y planos que apoyan la fuerza del texto; se han incluido pasajes de los autores clásicos, siempre traducidos y citados *in extenso* en lugar de recurrir a las abreviaturas académicas; se ha tratado de reducir al máximo las citas y, cuando se han considerado necesarias, se han integrado sucintamente en los textos o se han situado al final del capítulo, para aligerar el hilo narrativo; cierra cada capítulo un listado de la bibliografía utilizada y de referencia que haga posible una ulterior profundización en el tema respectivo, con excepción del segundo, el dedicado a Esparta, en el que la literatura se vierte en forma de notas finales. Este último dato, al igual que las evidentes diferencias en extensión de los capítulos o de las bibliografías o bien las preferencias en la transcripción del griego con o sin acentuación, ponen de manifiesto, según creo, que la necesaria homogeneidad formal no ha sido férrea y absoluta y que hemos dejado a los autores una cierta autonomía, siempre saludable y enriquecedora, a la hora de organizar contenidos o de plasmarlos estilísticamente.

Debemos culminar este prólogo con la obligada, y no por ello menos importante, relación de agradecimientos. En primer lugar, a los seis autores,

## PRÓLOGO

que a su habitual competencia científica han unido una disposición y colaboración encomiables a la hora de entregar los manuscritos y plegarse a las normas de edición, allanando así el camino para el “nacimiento” de un libro de “nacimientos”: el de una selección de ciudades representativas del Mediterráneo antiguo que, por las razones que, espero, hallarán expuestas y detalladas en este volumen, se tornaron paradigmas del presente. Pero el volumen no vería la luz, por más *locus classicus* que sea, sin el vasto y desprendido apoyo de mi colega y amigo, el Dr. Antonio Caballos Rufino, Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla y a la sazón Director del Servicio de Publicaciones de la misma, cumplidor mucho más allá de las responsabilidades que tiene encomendadas y siempre atento a alentar y promover, incluso en medio de la crisis que nos devora, los estudios que puedan aportar conocimiento tanto al ámbito universitario en particular como a la sociedad en general, aspecto este último que en el caso de las Humanidades no siempre es tenido en cuenta. Por extensión, es justo mencionar la diligencia y amabilidad de los administrativos y técnicos del citado Servicio de Publicaciones, admirables en la doble función de ser donantes y receptores de sugerencias. Después, los dos *referees* anónimos han dejado constancia de su *acribía* para salvarnos de más de un error y anotar con enjundia. Víctor Sánchez Domínguez, becario de FPU en el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla y en su día secretario de organización de estas Jornadas que ahora toman cuerpo, ha colaborado en el tratamiento preliminar de las imágenes alojadas en los textos. Me honra por último citar a la Universidad de Sevilla, que a través de sus Servicios de Investigación y de Extensión Universitaria financió, en los ominosos tiempos que corren, la celebración de las citadas Jornadas, así como al Departamento de Historia Antigua, en el marco del cual se engendró y luego se estimuló la idea que hoy se materializa en el libro que tiene el lector en sus manos.

César Fornis  
*Sevilla, a 13 de julio de 2012*



# — ATENAS —

Domingo Plácido. *Universidad Complutense, Madrid*

## Arqueología

En el Neolítico la vida de los pastores encontraba en las faldas de la Acrópolis lugares de refugio y en la fuente de la clepsidra la posibilidad de aprovisionamiento de agua. La existencia de vida en este entorno hacia el año 3000 a.C. se muestra en los pozos cercanos a la clepsidra, hallados en las excavaciones de 1936-1940, y en las tumbas en cuevas en las laderas en el noroeste de la Acrópolis, donde precisamente la clepsidra parece desempeñar un importante papel.

Desde el Neolítico existe en Atenas una ocupación permanente, incluida la Acrópolis, donde se construirían potentes muros ciclópeos en el siglo XIII. Los enterramientos estaban en la zona donde se situaría el ágora.

En el ágora propiamente dicha también hay unos pocos enterramientos premicénicos, situados cerca de donde estará el *Metrôon*, en la zona que se extiende al norte del Areópago, y datados en el Heládico Medio (2000-1600 a.C.), bajo casas arcaicas cerca de la *thólos*. De la misma época hay depósitos domésticos en las colinas del Areópago. Igualmente existen de la misma época algunos pozos con depósitos domésticos en el área de la clepsidra. Otro se encuentra cerca de la *thólos*, en la zona donde se localiza el Estratego. Entre la *thólos* y el Estratego continuó habiendo enterramientos hasta el primitivo arcaísmo. Se sitúan por allí restos de habitación dispersos, al oeste del ágora, en varios grupos compactos. También se encuentran restos del Heládico Medio más allá de la Estoa Regia. La estoa se habría construido en época arcaica. Hay por tanto restos de una ocupación amplia del ágora en el mismo Heládico Medio, con las formas cerámicas más características de la época, precedida de una ocupación fragmentaria en el Heládico Primitivo.

En general, las tumbas también se encuentran dispersas por Atenas, en el Cerámico, en el ágora, en la Acrópolis... Al Heládico Medio, con estratos micénicos superpuestos, corresponden algunos depósitos junto al camino del Pireo, al oeste, y junto a la *thólos*, al suroeste, así como el trazado de dos vías de este a oeste, al norte y al sur, y otra diagonal de noroeste a sureste. Los materiales micénicos indican que hubo algún tipo de actividad en la época. Junto al camino del Pireo se situaría luego el templo de Ártemis Aristobula, entre éste y el otro camino que sale de la puerta Demia, por donde llevaban a los condenados al Báratro, circunstancia citada por Plutarco (*Temístocles* 22), indicación del carácter liminal de la zona. Parecería que entonces el ágora era más bien lugar de habitación y las tumbas se hallaban dispersas por zonas de los alrededores.

Dentro del Heládico Reciente se define en ocasiones un período submicénico que afecta principalmente a los yacimientos de Atenas y Eubea.

En el período Submicénico el asentamiento ateniense es disperso; se encuentran pequeñas aldeas al norte del ágora y cementerios hacia el Cerámico. Parece responder a la descentralización del poder propia de la época, en que la sociedad se estructura en torno a los *basileis* con sus clientes o *hetaïroi*. En el noroeste del ágora se encuentra un enterramiento de finales del período submicénico en la transición al Protogeométrico, datado hacia la mitad del siglo XI. En los cimientos de la estoa regia se encontraron al menos cinco tumbas del Submicénico, lo que muestra cómo los espacios públicos del ágora se asentarían sobre lugares dedicados al uso privado antes de la ciudad arcaica. En el área del antiguo Cerámico de Pausanias (I 3.1), que corresponde al espacio conocido habitualmente como ágora clásica, se localizan depósitos de restos de desecho de fábrica desde este período, de modo que cabe pensar que, a partir de este momento, muchos pozos corresponden a talleres de alfareros más que a viviendas, sobre todo en la zona central, donde se localizaría el posterior Odeón. De igual modo, parece haber un taller artesanal dedicado a la escultura, en la parte inferior de un templo de época romana situado al oeste de la Estoa Pecile, junto al espacio que se atribuye al altar de Afrodita Urania.

Desde el Heládico Tardío II, hacia el siglo XV a.C., se observa en los restos procedentes de las tumbas una secuencia continuada hasta el inicio de la Edad del Hierro, dentro de la uniformidad de la cultura micénica de la Grecia meridional. Aparecen cuatro tumbas de cámara al norte del Areópago, donde se añaden ofrendas desde 1400 de vasos y de objetos de oro y de procedencia oriental. Se interpreta como un enterramiento de familia regia, perteneciente a la *koiné* micénica. Las tumbas más ricas están dispuestas normalmente en la ladera norte de la Acrópolis. Coinciden con una posible residencia principesca. La fortificación se data hacia el siglo XIII a.C., con

un depósito de agua incorporado. En general, parece que el área se va usando desde entonces más bien como lugar de enterramiento. Es igualmente posible que el Leocorio tenga un origen micénico. La tradición lo relacionaba con el santuario dedicado a Teseo y el mito cuenta la historia del sacrificio de las hijas de Leo, pero se interpreta como lugar de purificación del pueblo, *leós*. El cementerio del ágora de época micénica contiene otra tumba de cámara bajo el Estrategio, lo que parece señalar el espacio simbólico de la transición hacia la época histórica; en general, muchas de las tumbas micénicas están en esta zona, situada al suroeste, cerca de los *archeîa* que funcionaban a partir del siglo VI a.C., los primeros edificios públicos del ágora, punto de partida de todos los que se edificaron en el lado occidental.

Por otro lado, en Ática se encuentran más tumbas de *thólos* que en Atenas misma, aunque la *thólos* de Menidi está solo a 15 km. Ello parece indicar una dispersión de centros de poder principesco en la época previa al sinecismo. Las tumbas de cámara con ricos ajuares presentan rasgos que las incluyen en el tipo de las tumbas heroicas o principescas. En este período se sitúa el punto de partida de las tradiciones sobre la realeza ática unificada.

Los enterramientos al oeste del Odeón se fechan desde el Heládico Tardío III, con tumbas del Micénico IIIA, del siglo XIV a.C.; se trata de enterramientos en cista. Recientemente se han descubierto dos tumbas micénicas con cámara y *drómos* en la zona noroccidental del ágora. Una tercera tumba se encuentra en el noreste, tal vez del siglo XV a.C. Las tumbas de cista están situadas en el área central, al norte de la Estoa Media y del Areópago. Hay un cementerio de tumbas de cámara al noroeste de la Acrópolis, que enlaza con la zona de Colono Agoreo y Filopapo, también con frecuente uso de cámaras. En el lado oeste del ágora más de la mitad de las tumbas son de cámara.

Es posible que el norte del ágora correspondiera a un asentamiento micénico, con varios materiales añadidos que probablemente se datan en el siglo IX. Es posible también que haya tenido una utilización posterior, por la presencia de vasos más tardíos.

En general, en el ágora hay muchas tumbas del Heládico IIIA, casi todas con pocos enterramientos.

En general, parece claro que Atenas era un importante centro micénico, a juzgar por los restos, principalmente funerarios, procedentes del ágora. Tras el final del mundo micénico la continuidad es suficiente para justificar la existencia de tradiciones que vinculan con ese pasado. De todos modos, en el Heládico Tardío IIIC hay pocas nuevas tumbas y en cambio es frecuente la reutilización de las anteriores. La crisis que se relaciona con el final del Mundo Micénico es aquí paralela a la del resto de Grecia, a pesar de que no existen tradiciones sobre invasión de los dorios, lo que habla en

favor de un proceso de disolución del sistema más que del resultado de un fenómeno invasorista.

Desde el siglo XI a.C., en Atenas, como derivación de la cultura submicénica, se desarrollan las primeras instituciones identificadas como jónicas, en relación con los procesos migratorios de la época. El centro se situaría en el palacio de la Acrópolis, aunque el poder del *ánax* se viera delimitado por el de otros señores locales, de regiones donde se desarrollan formas de “jefatura” en espacios que luego se identificarían como “demos”. Las tumbas de la época en el ágora indican que Atenas se convierte en el espacio en que actúan, en cooperación o rivalidad, los poderes locales, lo que representa el nacimiento de la ciudad aristocrática, al margen de poderes despóticos. Se detecta un empobrecimiento general con respecto al mundo micénico. Miembros de esta aristocracia fueron los dirigentes de las migraciones a Asia Menor, donde se organizaron ciudades gobernadas por dichas familias. Sin embargo, a finales de la Edad Oscura, a pesar del brillante período del estilo geométrico y del proceso de ocupación del territorio de la península, Atenas revela un momento de estancamiento al que se atribuye el retraso en la adopción del ejército hoplítico.

En general, el Protogeométrico parece ser un período en el que la población experimentó un notable crecimiento y expandió su asentamiento, lo que produjo una época relativamente duradera de estabilidad. En el período final del Protogeométrico se sitúan los santuarios de la Academia y del Monte Himeto, limítrofe del territorio de Pedión, donde luego estuvo el santuario de Zeus Ombrios. Seguramente la población estaba en grupos dispersos. Sin embargo, alrededor del año 1000 se data la tumba hallada en el extremo norte de la Estoa de Átalo, de una joven con importantes objetos de bronce y jarras de aceite y vino con decoración de estilo protogeométrico, con rasgos que las incluyen en el tipo de las tumbas heroicas o principescas. En la misma fecha se datan los restos de un taller de cerámica en el centro del ágora, que indicaría que desde entonces el Cerámico entendido como centro del ágora propiamente dicha se está definiendo como barrio de ceramistas. También hacia el 900 (la época de la transición del Protogeométrico al Geométrico primitivo) se encuentran ricas tumbas en el lado oriental del Cerámico, al sur del Erídano, con enterramientos de guerreros de la generación anterior.

Al noroeste del Areópago hay graneros que se datan en torno a 850 a.C. El área se considerará luego sagrada. Al sureste hay un edificio oval en un *témenos* triangular, con material votivo del siglo VII, que corresponde a una rica tumba de hacia 850 convertida asimismo en lugar sacro. Una tumba femenina de esa misma fecha contenía un granero en miniatura, en la ladera norte del Areópago, hacia el ágora. Durante este período, los lugares de

enterramiento indican el desarrollo de una fuerte aristocracia que, al tiempo, ocupa la tierra cultivable correspondiente al primitivo territorio de Atenas. Se trata de la formación de la ciudad como centro del control de un territorio por parte de un grupo dominante. El carácter múltiple de esta clase se muestra en la existencia de varias necrópolis, la del Cerámico, las del Iliso y la del ágora propiamente dicha. Con ellas relaciona Torelli la existencia de tres santuarios dedicados a Afrodita, como centros de intercambio, el de Urania, hacia el noroeste y el Cerámico, el de Afrodita “en los jardines”, hacia el Iliso, y el de Pandemo, al pie de la Acrópolis, como presidiendo el ágora vieja. En el ágora aristocrática se inician ya las labores de intercambio. Apolodoro (*FGrH* 244 F 113) habla de Pandemo, porque allí se reunía todo el *dêmos* en sus *ekklésiai*.

La prosperidad llega de nuevo desde 770 a.C., con objetos del estilo conocido como Geométrico Tardío, en el paso de la Edad Oscura al Renacimiento griego. Se produce un crecimiento de la población y de las relaciones exteriores. Es la época en la que se data la casa oval así como la de los cementerios mayores. Nuevos cementerios aparecen en zonas periféricas, en el barrio de *Kallithéa*, en el gimnasio de Cinosarges y en el exterior de la Puerta del Dípilo, en la calle del Pireo. Son en general enterramientos de familias que viven en granjas dispersas. En el Geométrico Tardío II hay grupos mayores, con aumento de pozos en el ágora; parece un proceso general de nuclearización y definición espacial de los grupos. Se van así definiendo los depósitos familiares. También hay tumbas del Geométrico Tardío en el cementerio de la *thólos* del ágora. Al sur de la misma hay una tumba de inhumación del 800 sin armas, con una enócoe con posibles escenas épicas del siglo VIII a.C.

Hacia el año 700 a.C. se produjo el abandono de muchos lugares de enterramiento que habían sido usados desde el siglo XI sin interrupción y paralelamente se demolieron muchas viviendas privadas con la intención de producir espacios abiertos. En esa misma época, en efecto, al menos un pozo geométrico de la Estoa Media fue abandonado, como si la casa privada hubiera desaparecido al hacerse pública la zona; ello ocurre con otros dieciséis pozos y con otros más a unos quince metros al noroeste. A fines del siglo VIII se datan algunos yacimientos que indican el abandono de la construcción de pozos en la zona oriental de la Estoa Media. Pero hasta el año 600 aproximadamente el uso del ágora siguió siendo doble, como lugar de vivienda y de enterramiento. Desde entonces comienzan a detectarse síntomas de actividades de intercambio.

De la posición de los enterramientos geométricos se llega a la conclusión de que la zona más densamente habitada sería el este de la Acrópolis y el Iliso, en coincidencia con la referencia de Tucídides (II 15) a la Atenas

anterior al sinecismo. El escenario de la fiesta del sinecismo sería precisamente ése, el ágora vieja.

Ésta sería la llamada ágora cecropia por Plutarco (*Cimón* 4.7). Filócoro atribuye el sinecismo a Cécrope. En el texto del libro primero de Pausanias, los capítulos 18.4-19.6 se refieren a los espacios sacros de época oscura a que también alude Tucídides, situados en torno al Iliso, donde estaba el templo de Posidón Heliconio y luego se edificó el templo de Zeus Olímpico, mientras que 17.1-18.3 se refieren al ágora vieja y al Pritaneo (fundado por Teseo según Tucídides II 15.1-3 y Plutarco, *Teseo* 24), que se hallaría en las laderas del este de la Acrópolis, al norte del Aglaurio, de Aglauro, una de las hijas de Cécrope. Allí era donde los reyes juzgaban ciertos casos de homicidio por lo menos antes de la leyes de Solón, según cita de Plutarco (*Solón* 19.4). Cerca del Pritaneo se encuentran, según Aristóteles (*Constitución de Atenas* 3.5) y Suidas (*s. u. árchon*), los edificios en que se alojaban los arcontes y el *boukoleïon*, residencia del rey, el *témenos* de Codro, Neleo y Basile. El Pritaneo era también lugar de comensalidad relacionado con los Dioscuros, según cita Ateneo (IV 137E), que menciona a este propósito la antigua *agogé* en relación con la comida. El escolio a Aristófanes, *Caballeros* 167 define el Pritaneo como un *oikískos* en Atenas, donde comen a expensas públicas, *demosíai*, los que participan de tal *timé*. La broma aristofánica permite al escoliasta explicar la función del Pritaneo como centro de comensalidad, institucionalizado en la organización de la ciudad. Pero, en principio, como residencia de los jefes de la ciudad, era el lugar donde se realizaban de la misma manera los banquetes ritualizados de la cohesión social en torno a la aristocracia, en los que también estaban presentes las relaciones eróticas. De modo igualmente ilustrativo se expresa el escolio de Tucídides II 15.2, en el que se dice que el Pritaneo es un *oikos* grande donde se dan comidas a los que ejercen la *politeía*, *politeuoménois*, que, además de servir para sentarse los pritanes, los administradores del *oikos*, *dioiketaí*, como si heredaran la función de jefes del *oikos* propia de la época anterior al sinecismo, funciona como *tameïon* del fuego, donde estaba el fuego inextinguible y se hacían las rogativas públicas.

El siglo VII a.C. en Atenas se caracteriza por la presencia de tendencias centralizadoras, sobre un territorio marcado por santuarios, en islas costeras y promontorios, relacionados con ríos y deltas. El tipo de asentamiento revela la importancia de los ríos Cefiso e Iliso. El ágora primitiva se explica así como extensión del espacio del Iliso.

En el lugar en que se situaría el ágora clásica se llevaban a cabo entonces concentraciones dedicadas al culto a los muertos con celebración de *agônes*. Se opera así el tránsito de la función del ágora como lugar de enterramiento a espacio de concentraciones cívicas, a través de las prácticas colectivas

dedicadas al culto de los muertos. Cobrará entonces sentido la vía Panate-naica, eje de las procesiones y pista de ejercicios iniciáticos antes de que el ágora estuviera en el espacio de la época clásica, cuando todavía estaba en el ágora vieja. La vía se dirige, desde el extremo noroccidental del ágora, hacia el Dípilo, pero antes forma un complejo cruce de caminos con el que viene de la Puerta Sagrada y con otro procedente del norte. Entre los restos cerámicos hallados en el recinto, resultado de las ofrendas depositadas, aparecen imágenes de Hermes y de Eros, que podrían revelar la funcionalidad erótica e iniciática de los cultos allí localizados, en clara correspondencia con la funcionalidad general del espacio, de entrada al centro cívico.

## Los mitos

Agustín de Hipona, en *La ciudad de Dios* (XVIII 9), recoge un texto de Varrón según el cual, en la organización primitiva de la ciudad de Atenas, el mítico rey Cécrope, que se relaciona con las estructuras micénicas halladas en la Acrópolis, de cola de serpiente y objeto de culto en el Pandrosio, vinculado a la diosa Atenea como promotora de la fertilidad agraria y humana, era el fundador del matrimonio.

En la disputa entre Atenea y Posidón por el dominio del Ática, Cécrope se inclinó a favor de la diosa, pero en otra versión fueron las mujeres quienes inclinaron el voto a su favor, por lo que, tras la inundación promovida por el dios, los hombres las privaron de voto. Con esta narración se revelan los conflictos vinculados a la formación de la ciudad a partir de estructuras agrarias y la conformación del dominio político de los que monopolizan la función guerrera, que incluso se apropian del culto de la diosa fundadora, convertida en patrona de las funciones cívicas masculinas. Pausanias (I 2.6) sitúa antes de Erictonio a Anfición, que acogió a las divinidades a su mesa (*hestiôn*). Un grupo escultórico representaba la *teoxenía* en un lugar identificado como *oíkema* junto al santuario de Dioniso. Pausanias (I 26.5) se refiere al altar de Posidón que recibe sacrificios a Erecteo. El culto lo llevan los Eteobúttadas, descendientes de Butes, hijo de Posidón, según Hesíodo (fr. 223 M-W). Tanto el templo de Erecteo como el primer templo de Atenea pueden remontarse a época geométrica. En las tradiciones míticas posteriores aparecen dos personajes con el mismo nombre de Erecteo.

La tradición recogida por Varrón vincula a Cécrope la exclusión de las mujeres de la vida pública ateniense. Sus hijas recibieron a Erictonio recién nacido de manos de la diosa; Erictonio es nacido de la tierra (Gea) por el semen de Hefesto derramado en su persecución de Atenea. Por eso es “nacido de la tierra”, *gegenés* y autóctono. Sería el auténtico fundador de la ciudad

con el patrocinio de Atenea, el que le da el nombre de Atenas, después del anterior de Cecropia, nombre que da Estrabón (IX 1.20, basado en Filócoro) a una de las comunidades que formarían las doce *póleis*. Algunas fuentes lo confunden con Erecteo, pero otras lo consideran hijo de Hefesto, en relación con el auge del artesanado. Erecteo se especializa como rey que lucha contra Eumolpo y Erictonio aparece como niño divino, vinculado a la fiesta de las Panateneas como celebración iniciática, la *currotrofia*. Homero, *Iliada*, II 546-560 menciona a Erecteo, al que crió Atenea y lo parió la tierra y en su templo hacen ofrendas los *koûroi* de los atenienses. Algunas fuentes también llaman autóctono a Cécrope. Se trata de un mito representativo de la civilización y de la *pólis*. Significaría el fin del matriarcado y del hetairismo y la institución del matrimonio monogámico.

Las comunidades étnicas se identifican con *póleis* en sus orígenes cuando éstos se atribuyen a un proceso autóctono, como en Atenas y los jonios, con la figura de Jon. Es el caso de Atenas. La *pólis* se confunde así con la comunidad de “los atenienses”. Jon es hijo de Apolo y Creúsa, hija de Erecteo.

La historia mítica de Atenas continúa con la figura de Teseo, a quien se atribuye la desaparición de la monarquía en la ciudad, lo que se interpreta como referencia a la primera organización cívica de tipo aristocrático, y la fundación de cultos y rituales fundacionales de la *pólis*. Ello se une a la atribución por parte de Tucídides (II 15) de la fundación del *sinecismo*. Según el historiador, éste tuvo lugar cuando la población estaba organizada en diversas *póleis* con su propio Pritaneo y solo se unían en situaciones de peligro. Tucídides parece describir la situación de las épocas remotas, cuando se produce la transición de la realeza micénica a la *basileía* de la Edad Oscura, en que el *basileús* se caracteriza por su función guerrera, como en los poemas homéricos. Su relato empieza en tiempos de Cécrope y los primeros reyes, cuando Ática era habitada *katà póleis*. En esa época cada *pólis* tenía su Pritaneo y sus arcontes y únicamente se unían ante el peligro común. Teseo disolvió los otros *bouleutéria* y los reunió en la actual *pólis*. Por eso los santuarios están en la Acrópolis, que era la *pólis* y ahora ésta se encuentra al sureste de la Acrópolis. Aquí están por eso los santuarios, el de Zeus Olímpico, el Pitio, Gea y Dioniso *en Límnaís*.

La situación previa se identificaba con los personajes míticos de la Acrópolis, de Cécrope a Erecteo, mientras que el santuario de Teseo se identifica en la parte baja de la ciudad, en el ágora. Erecteo aparece en la *Iliada* vinculado a la ciudad fortificada (II 246-556). En *Odisea* (VII 80-81), Atenea desde Esqueria se dirige a Maratón y Atenas *euryáguian*, de anchas calles, a la sólida casa (*dómon*) de Erecteo. Ahora, los representantes de la clase dominante de los poseedores de *oîkos* proyectan la organización de un sistema político único que se identifica con la *pólis* y con las instituciones que inician su desarrollo en el ágora, y no en el lugar sacro dedicado a Atenea y

a Erecteo. En el Erecteo se rendía culto heroico a Cécropo, en el Cecropio, a continuación de las Cariátides (*IG I<sup>3</sup> 474*), al oeste. También se adosa en Pandrosio, al oeste, en un complejo resultado del carácter integrador del templo, donde se incluían el agua del mar y el olivo de Posidón y Atenea. Hay tumbas micénicas que se atribuyen a estos personajes.

Ahora, los poderosos, en lugar de controlar a sus propios dependientes desde su propia casa, apoyados ideológicamente en los santuarios heroicos familiares, controlan de modo solidario al conjunto del *dêmos*. En el proceso, la tradición habla de rivalidades entre Erecteo y Eumolpo, representante del *gênos* que controlaba el culto de Eleusis, que se resolvieron en una especie de reparto entre Atenas como centro político y Eleusis como centro dominante de la vida religiosa a escala panateniense. Las consecuencias de la incorporación de Eleusis en el sinecismo aparecen tanto en la vía desde la Acrópolis hacia el noroeste del ágora como en el establecimiento del Eleusinio en el ágora, cerca de la Acrópolis. En el ágora, Teseo habría fundado las instituciones que se identifican con la época predemocrática, el arcontado y el Consejo de los Cuatrocientos, con representantes de las cuatro tribus tradicionales anteriores a las reformas de la época arcaica. Teseo fundó las fiestas Sinecias en conmemoración de la unidad, que se consideran las precedentes de las fiestas atenienses más representativas, la Panateneas. Con el sinecismo se forma la unidad territorial representada por el culto a Atenea y las Sinecias y Panateneas, con las procesiones de la periferia al centro representado por la Acrópolis, movimiento centrípeto simbólico del sinecismo. Un calendario soloniano habla ya de las Sinecias. Es ésta la época en que tiene lugar el mayor desarrollo de los santuarios no urbanos, en Braurón, dedicado a Ártemis, en Oropo, dedicado a Anfiarao, y en Eleusis, indicativo de la toma de posesión del territorio frente a Beocia y Mégara.

Atenas en este período se define dentro del sistema general de las *póleis* predemocráticas, aunque los antiguos tendían a identificar la época de Teseo con el origen de la democracia, sobre todo cuando se querían recuperar sus aspectos más conservadores.



## Apéndice bibliográfico

- Athenian Agora. A Guide to the Excavations and Museum*, Atenas, 1994.
- BLACKMAN, D., «Archaeology in Greece, 1997-98», *Archaeological Reports*, 44, 1998, 1-149.
- BLACKMAN, D., «Archaeology in Greece, 1999-2000», *Archaeological Reports*, 46, 2000, 3-151.
- BLACKMAN, D., «Archaeology in Greece, 2001-2002», *Archaeological Reports*, 48, 2002, 1-115.
- CALAME, C., *Thésée et l'imaginaire athénien*, Lausana, 1990.
- CAMP, J.M., *The Athenian Agora*, Londres, 1992 (= 1986), con correcciones.
- CAMP, II, J.M., «Excavations in the Athenian Agora 1996 and 1997», *Hesperia*, 68, 3, 1999, 255-283.
- CAVANAGH, W., MEE, C., *A Private Place: Death in Prehistoric Greece*, Jonsered, 1998.
- COLDSTREAM, J.N., *Geometric Greece*, Londres, 1977.
- DE POLIGNAC, F., *La naissance de la cité grecque*, París, 1984.
- DESBOROUGH, V.R.D'A., *The Greek Dark Age*, Londres, 1972.
- GOURMELEN, L., *Kékrops, le Roi-serpent. Imaginaire athénien, représentations de l'humain et de l'animalité en Grèce ancienne*, París, 2004.
- IMMERWAHR, S.A., *The Athenian Agora, XIII. The Neolithic and Bronze Ages*, Princeton, 1971.
- MORRIS, I., *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek City-State*, Cambridge, 1987.
- MOUNTJOY, P.A., *Mycenaean Athens*, Jonsered, 1995.
- PAPADOPOULOS, J.K., *Ceramicus redivivus. The Early Iron Age Potters' Field in the Area of the Classical Athens Agora*, *Hesperia* Supplement 31, Atenas, 2003.
- PLÁCIDO, D., «Las prácticas religiosas atenienses y el control social en la democracia», en L. Hernández, J. Alvar (eds.), *Actas del XXVII Congreso Internacional GIREA-ARYS IX, Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo, Valladolid, 7-9 de noviembre 2002*, Valladolid, 2004, 163-167.
- ROBERTSON, N., «Solon's Axones and Kyrbeis, and the Sixth-Century Background», *Historia*, 35, 1986, 147-176.
- SHEAR, jr., T.L. «The Athenian Agora: Excavations of 1972», *Hesperia*, 42, 1973, 359-407.
- SHEAR, jr., T.L. «The Athenian Agora: Excavations of 1973-1974», *Hesperia*, 44, 1975, 331-374.
- SHEAR, jr., T.L. «Isonómos t'Athénas epoiesáten: The Agora and the Democracy», en W.D.E. Coulson et alii (eds.), *The Archaeology of Athens and Attica under the Democracy*, Oxford, 1994, 225-248.
- TORELLI, M., «Arqueología, rito y mito: una lectura arqueológica de los procesos de formación urbana», *Revista de Occidente*, 143, 1993, 5-26.
- THOMPSON, H.A., «Activity in Athenian Agora: 1966-1967», *Hesperia*, 37, 1968, 36-72.

- THOMPSON, H.A., WYCHERLEY, R.E., *Athenian Agora, XIV. The Agora of Athens. The History, Shape and Uses of an Ancient City Center*, Princeton, 1972.
- TRAVLOS, J., «Athens after Liberation: Planning the New City and Exploring the Old», *Hesperia*, 50, 1981, 391-407.
- TRAVLOS, J., *Pictorial Dictionary of Ancient Athens*, Nueva York, 1980 (= Tübinga, 1971).
- VALDÉS, M., «Espacio político, espacio religioso de Atenas en el s. VI: los cultos de Zeus, Apolo y Deméter y el Consejo-Helicia de Solón», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 27/1, 2001, 81-108.
- VALDÉS, M., *La formación de Atenas*, Zaragoza, 2012.
- VALDÉS, M., *El nacimiento de la autoctonía ateniense: cultos, mitos cívicos y sociedad de la Atenas del siglo VI a. C.*, *Ilu Anejo XXIII*, Madrid, 2008.
- VANDERPOOL, E., «Roads at the Northwest Corner of the Athenian Agora», *Hesperia*, 28, 1959, 289-297.
- WHITLEY, J. et alii, «Archaeology in Greece 2005-2006», *Archaeological Reports*, 52, 2006, 19-21.
- WHITLEY, J., *Style and Society in Dark Age Greece. The Changing Face of a Pre-Literate Society 1100-700 B.C.*, Cambridge, 1991.



# — ESPARTA<sup>1</sup>—

Massimo Nafissi. *Università degli Studi di Perugia*

El estudio de los orígenes de las ciudades antiguas es, por su naturaleza, un problema lleno de dificultades. No tiene que ver con relatos “históricos” en el sentido común del término, sino con narraciones “intencionadas” sobre el pasado de las comunidades que construyen la identidad —cuando son expresiones de “insiders”— o bien “representan” la naturaleza —cuando son formuladas por “outsiders”. Por otra parte, estos relatos no nos llegan en estado puro, sino a menudo por ejemplo bajo la forma que le han dado los historiadores antiguos, según los principios “científicos” y “racionales” de la *archaiologia* y según las propias tendencias culturales e ideológicas.<sup>2</sup>

En el caso de Esparta, la tradición literaria nos enfrenta a dos grandes temas: primero, el retorno de los Heraclidas y la llegada de los dorios, y, segundo, Licurgo, el legislador mítico al cual se atribuían leyes, costumbres, prácticas sociales y casi todas las instituciones políticas de Esparta, con excepción de la diarquía.

El problema de los orígenes de las ciudades en el mundo griego se presenta en cuatro aspectos: territorial y de asentamiento por un lado —en cuanto la *polis* es centro habitado con su propio territorio agrícola— e identitario y político por otro —en cuanto la *polis* es comunidad políticamente organizada. Estos temas son ilustrados en los apartados que siguen.

## I. *Esparta como apoikia doria: dorios y Heraclidas*

Debemos comenzar por la tradición. Según los antiguos, los dorios habían alcanzado el Peloponeso junto a los descendientes de Heracles, los Heraclidas. La unión de los dorios y de los Heraclidas se remonta a un

beneficio de Heracles. Heracles había ayudado al rey de los dorios, Egimio, a reconquistar su reino; tras la muerte de Heracles en el monte Eta, Egimio, agradecido, adoptó al hijo del héroe, Hilo, y lo hizo heredero al trono. Hilo llegará a ser el epónimo de una de las tres tribus dorias, los hileos, mientras los panfilios y los dimanes tomaban sus nombres de dos hijos de Egimio. Se ha perdido un poema épico arcaico en dos libros, el *Egimio*, que debía de ocuparse de estos hechos. Según la tradición de época clásica, los Heraclidas, después de varios intentos infructuosos, regresaron con los dorios al Peloponeso, se repartieron la parte sur y oriental y allí fundaron los reinos de Argos, Lacedemonia y Mesenia. Heracles alegaba legítimos derechos sobre cada uno de ellos, que obviamente había transmitido a sus descendientes. La tradición sobre la tripartición del Peloponeso quizá en origen constataba simplemente la desgraciada suerte de Mesenia: suerte sellada porque el Heraclida Cresfonte se había asegurado Mesenia, el mejor de los tres lotes, mediante el engaño. A Témeno le correspondió la Argólide, mientras la Laconia fue a parar a los dos hijos de Aristodemo, los gemelos Eurístenes y Procles. Los dos, como es conocido, son los progenitores de las dos estirpes reales de los Agíadas y los Euripóntidas, que tomaban los nombres de sus hijos, Agis y Euriponte, respectivamente. Se decía que la Laconia había sido conquistada a la muerte de Aristodemo, cuando Eurístenes y Procles eran aún niños. La implicación obvia era que el verdadero mérito de la conquista de la región de Esparta había sido de Témeno y quizá de Cresfonte. Se entiende así por qué los espartanos, «a diferencia de todos los poetas», como subraya Heródoto (VI 52.2), sostuvieron que Aristodemo había llegado todavía vivo a Esparta. Se entiende también por qué los espartanos estuvieron dispuestos a aceptar las tradiciones sobre Teras (Heródoto IV 147-150.1), fundador de la colonia espartana de Tera, que habría sido –en cuanto hermano de la madre de los dos jóvenes heraclidas– tutor de ambos. Los espartanos no tenían ninguna intención de declararse deudores de los argivos en la posesión de su tierra.

En todo caso, el primer testimonio sobre el retorno de los Heraclidas está en Tirteo (fr. 1a: «el mismo Crónida, Zeus, esposo de Hera de la bella corona, | ha concedido como don esta ciudad a los Heraclidas, | junto a los cuales, abandonada la ventosa Erineo, | llegamos al vasto Peloponeso»). No se puede excluir que en realidad el mito que empareja a dorios y Heraclidas haya nacido en la misma Esparta. Cuando menos, es poco probable que la versión de Tirteo presuponga la tripartición del Peloponeso, como también por inercia estamos acostumbrados a pensar. La noción de que Esparta fuese una “colonia doria” guiada por los Heraclidas está, pues, bien arraigada en la tradición poética arcaica y en la historiografía clásica, desde Píndaro (p. ej. *Ístmica* VII 12-15) a Tucídides (I 18.1; V 16.3).<sup>3</sup>

Debemos considerar la cuestión de los dorios a la luz de las investigaciones más o menos recientes sobre la transmisión de la memoria en las culturas orales, sobre la relación entre las tradiciones mítico-históricas y las identidades colectivas en la Grecia clásica, y en la conciencia, ya asumida también por las ciencias de la Antigüedad, de que los grupos étnicos no tienen un carácter natural y biológico, sino que la etnicidad es una construcción cultural.

La tradición sobre la llegada de los dorios está atestiguada solo muchos siglos después de la caída del mundo micénico y la Edad Oscura, y no tenemos modo –en ausencia de adecuada tradición literaria– para reconstruir los sentimientos de afinidad de raza de las gentes de aquella época de paso. Sin conocimientos de este tipo es imposible determinar qué signos de la cultura material puedan ser expresión de una conciencia étnica. La tradición, por otra parte, no ha nacido para “contar” el acontecimiento histórico del retorno de los Heraclidas y del descenso de los dorios, sino para ofrecer un fundamento identitario a una o más comunidades y para fijar el derecho al reino de los *basileis* heraclidas. A partir de estas premisas, la cuestión doria tiende a ser reformulada: en lugar de ser un argumento central en las discusiones sobre el Bronce Tardío y el papel de los dorios en el colapso de la civilización micénica (finales del siglo XIII – siglo XII a.C.), se plantea por el contrario en términos de etnogénesis. Las opiniones sobre los tiempos y lugares de la formación de la identidad doria son bastante divergentes: algunos piensan que la conciencia común de pertenencia al *ethnos* dorio ha madurado en la época posmicénica o incluso en la arcaica.

En cualquier caso, no se debe imaginar que los dorios fueran un grupo étnico de “tamaño estable” desde sus orígenes, un gran pueblo conquistador que inundó la Grecia meridional. Es importante tener presente el modelo elaborado, ya hace cincuenta años, por Reinhard Wenskus para explicar la formación de las comunidades étnicas en el mundo medieval bárbaro. En su libro titulado *Stammesbildung und Verfassung*, «Wenskus postuló que un pequeño *Traditionskern*, un núcleo de tradición, transmite y propaga tradiciones étnicas que tienen la capacidad de conferir una identidad a un grupo de poblaciones mucho más amplio. *Stammesbildung* es aquello que otros estudiosos después llamaremos etnogénesis, esto es, el proceso por el cual gentes de origen muy diverso son integradas en una nueva comunidad y acaban siendo convencidas por tales tradiciones antiguas de que comparten un origen común y, por lo tanto, deben vivir según ciertos modelos y ciertas normas (que Wenskus llama *Verfassung*)». El modelo del *Traditionskern*, bien que justamente criticado en algunos de sus aspectos, ayuda a dar cuenta de la difusión en ambientes relativamente restringidos (como los del Peloponeso oriental y meridional) de la adscripción al *ethnos* dorio,



incluso si en general la difusión del dorismo en las islas del Egeo meridional con parte de Creta y del Asia Menor debe mucho también a formas de construcción de la etnicidad políticamente menos organizadas, similares a aquellas que se postulan para los eslavos.<sup>4</sup> Esta difusión en parte fue fruto de verdaderos fenómenos de cambios de población en la Edad Oscura y el primer Arcaísmo (colonización), pero en parte fue resultado de una adscripción a posteriori, tras el éxito de los “antiguos” dorios, y en primer lugar de Esparta. En Laconia y Mesenia podemos hablar de conquista, de lazos de subordinación, de una asimilación casi forzada o voluntaria, pero también aquí debió de pesar la atracción y una suerte de emulación. Esta adscripción favoreció la difusión de rasgos institucionales y culturales que a nosotros nos parecen comunes de los dorios, pero que no necesariamente conformaron parte siempre y en todas partes un patrimonio hereditario original: pienso en la lengua (cuyo testimonio es mucho menos claro de lo que por lo general se piensa), y también en ciertos fenómenos religiosos, como el culto de Apolo Carneio, o los nombres de las *phylai* dorias.

El conjunto de las tradiciones sugiere que Esparta, con sus reyes heraclidas, pudo haber tenido un similar papel catalizador en la etnogénesis de los dorios de Laconia y Mesenia. Sospecho sin embargo que el primerísimo “motor” de la noción étnica de dorismo (un dorismo inicialmente “sin Heraclidas”) pueda haber sido Argos. Ante la falta de documentación pertinente, no se puede empero más que formular suposiciones.<sup>5</sup>

Trataré ahora de considerar estas reflexiones a la luz de la documentación arqueológica. El período posmicénico se caracterizó seguramente por la movilidad y los cambios de población. Pero hay que ser honestos y admitir nuestra ignorancia. “Rastrear” a los dorios, o “verificar” en el plano arqueológico la época de su llegada es una empresa evidentemente mal encaminada. Lo dicen no solo los seculares fracasos, sino también la simple constatación de que los límites de las comunidades étnicas y de las áreas de cultura material homogénea no siempre coinciden. Quizá los dorios se introdujeron en pequeños grupos en el Peloponeso con una identidad étnica ya definida; es también posible, sin embargo, que la etnogénesis doria se haya desarrollado por completo a partir de la primera Edad del Hierro, e incluso que haya interesado en sustancia a gentes ya presentes en el Peloponeso. De hecho, algunas comunidades se definieron como “recién llegadas” respecto a otras, y esto valía tanto para los dorios cuanto para los Heraclidas, que no se consideraron herederos directos de los soberanos de la Laconia de la edad de los héroes. En el caso de Esparta había un fondo de verdad: la inestabilidad territorial y social que caracteriza la Grecia posmicénica fue, a lo que parece, particularmente pronunciada en Laconia. Entre el final de la Edad del Bronce (siglos XIV–XII a.C.) y el Protogeométrico (siglos XI–X a.C.), la

región se despobló drásticamente. El colapso de los asentamientos detectados fue tal que se supone que en parte se debe explicar por una pronunciada movilidad de carácter pastoril. Solo en el santuario de Apolo en Amiclas, un sitio clave para la historia de Laconia desde este período, se puede quizá determinar, según la opinión de Demakopoulou, una verdadera continuidad entre el lugar de culto de la Edad del Bronce, constatado por exvotos datables entre el período Micénico Tardío IIIB2 y el Submicénico (se trata, entre otros, de toros de arcilla, de ídolos en *psi* y de fragmentos de dos estatuas de terracota, de dimensiones ligeramente inferiores a la real), y el santuario de la primera Edad del Hierro<sup>6</sup> (fig. 1).

Las condiciones de despoblamiento de la Laconia de la primera Edad del Hierro –dicho sea entre paréntesis– desaconsejan considerar los estatuos hilótico y perieco como simples reflejos de la invasión y/o de la repoblación doria de Laconia. Por lo demás, la tradición antigua hacía escapar a los antiguos habitantes frente a la llegada de los dorios, puesto que se pretendía que los aqueos se habían marchado a la futura Acaya.<sup>7</sup> Obviamente tal reconstrucción no puede ser tomada al pie de la letra, sino que hay que hacer notar que, antes de Teopompo (*FGrrH* 115 F 122), no parece que nadie hubiera sostenido jamás que los hilotas fueran los aqueos que ocupaban la región con anterioridad.

En cualquier caso, los estudios del Protogeométrico de Laconia subrayan la afinidad con las cerámicas del área peloponésica occidental. Esto deja más bien suponer contactos con esta área, si no una procedencia de la misma, y, más lejanamente, de la Grecia noroccidental.

Se ha dicho con frecuencia que este cuadro contrasta con el dato tradicional, que hace provenir a los dorios de la vertiente oriental de la Grecia central. Heródoto (I 56.3) describió en efecto la historia más antigua de los dorios como un inextricable laberinto de movimientos en la Grecia central: «en tiempos del rey Deucalión habitaban la Ftiótide, en tiempos de Doro, hijo de Heleno, la región llamada Histieótide a los pies del Osa y del Olimpo; expulsados de la Histieótide por obra de los cadmeos, se asentaron en el Pindo con el nombre de macednos» (una etapa ésta de exégesis incierta). «Desde allí se trasladaron a la Driópide» (Heródoto dice en otro lugar que Driópide es el nombre antiguo de la Dóride: VIII 41, 43) «y finalmente de la Driópide pasaron al Peloponeso, donde asumieron el nombre de dorios». Parece razonable la conclusión de Hall de que Heródoto trata de combinar relatos que atribuían a los dorios diversos lugares de origen en la Grecia central y septentrional. Me parece también claro que la localización de los puntos de origen del *ethnos* dorio fuese dictada por los mitos de Deucalión y de Heracles y no por memorias independientes. De hecho, una buena parte de la tradición hace reinar a Deucalión en Tesalia, o propiamente en la Ftía,



donde Heródoto pone a los dorios en la época de Deucalión.<sup>8</sup> En cuanto a la Dóríde-Driópíde, baste recordar la vecindad entre el Eta, lugar de la muerte del héroe, y la Dóríde, región en la cual su hijo Hilo es acogido por Egimio. En otra cuna primitiva de los dorios, la Hestieótíde, algunos sitúan Ecalia: como es sabido, la conquista de Ecalia precede a la muerte de Heracles; de Ecalia de hecho regresa Heracles junto a Yolao y suscita los fatales celos de Deyanira. No por casualidad otra localización antigua de Ecalia era en el valle del Esperqueo, en la vertiente opuesta al Eta respecto de la Dóríde.<sup>9</sup> La localización de la patria de los dorios en la Grecia central, entre Dóríde y Tesalia, no es memoria histórica, sino una construcción mítica racional que presupone la voluntad de conectar a los dorios con Heracles y el conjunto de los helenos a través de Deucalión y Heleno.

Admitamos también que los habitantes que repoblaron el valle del Eurotas poco después del año 1000 a.C. vinieron del Peloponeso occidental y, con anterioridad, de la Grecia noroccidental: nadie nos dice, sin embargo, que ellos se “sintieran” dorios desde entonces. A la pregunta ¿de dónde vienen los dorios? —pregunta a la que no negaría una dignidad científica, aunque no la definiría como crucial—, responderé así: no lo sabemos, y añadiría en voz baja: ¿pero vienen realmente de fuera?

## II. *Los diarcas de Esparta como Heraclidas*

Paso ahora a una primera, y diría que preliminar, fase del desarrollo de las instituciones espartanas, la ligada a la más singular y antigua entre ellas: la diarquía. Como se sabe, el poder de los *basileis* de Esparta estaba en época clásica formalmente limitado. Aristóteles consideraba la espartana un típico ejemplo de *basileia* respetuosa con las leyes (*Política* III 1285a3-4). La opinión estaba ciertamente ligada a lo que Jenofonte escribe en el capítulo 15 de la *Constitución de los lacedemonios* y, en particular, al célebre juramento entre éforos y reyes: «Cada mes se renueva bajo juramento un pacto recíproco entre los éforos, en nombre de la ciudad, y el rey a título personal. El rey jura reinar conforme a las leyes ciudadanas, la ciudad a su vez jura que le reconocerá la dignidad real sin quebrantarla siempre que el rey permanezca fiel al juramento» (15.7). A esta situación se llega después de desarrollos recientes que sometieron a los diarcas al control de las leyes. No obstante los límites puestos a su *potestas*, un rey de Esparta disponía potencialmente de una *auctoritas* enorme —en virtud de los éxitos militares que podía conquistar.<sup>10</sup> Esta *auctoritas* se manifestaba y se fundaba en los honores que Heródoto registró escrupulosamente y que debieron de ser fijados tempranamente. Los grandiosos funerales han llamado particularmente la atención

de antiguos y modernos (Heródoto VI 58-59), pero estos honores señalaban en general a los diarcas como los primeros en Esparta en cada momento de la vida comunitaria (Heródoto VI 56-57).

Los antiguos se interrogaban sobre las razones que habían llevado a los espartanos a tener dos *basileis* y a no confiar el reino al primogénito entre los hijos de Aristodemo. La explicación más probable para la duplicidad de la *basileia* espartana es que estaba ligada a la organización territorial de la comunidad.<sup>11</sup> Es útil recordar a este propósito que el *basileus* en la poesía homérica, al menos donde ésta refleja más claramente las características de su tiempo y no las de la edad micénica, no es un monarca. Pero regresemos a la genealogía heraclida, a su significado y a sus efectos.

Los derechos de Heracles y de sus descendientes en Laconia se cimentaban en el mito de Heracles y los Hipocoóntidas. Relataba que Hipocoonte había sustraído la *basileia* de Lacedemonia a su legítimo poseedor, Tindáreo; Heracles termina por combatir con los hijos de Hipocoonte, los extermina y restituye a Tindáreo su dignidad. Se decía que Tindáreo legó entonces a Heracles la *basileia* por testamento (Isócrates, *Arquidamo* 18), o que, viceversa, fue Heracles, titular del derecho de conquista, quien la dejó en depósito (*parakatatheke*) para sus propios descendientes (Espeusipo, *A Filippo* 6). De hecho, la *basileia* pasó después a Menelao, esposo de Helena, más tarde a Orestes y, por último, al hijo de Orestes, Tisámemo, bajo cuyo reinado los Heraclidas regresaron junto a los dorios para recuperar la posesión de los bienes que les correspondían. Este conjunto de tradiciones que culmina en la *kathodos* no funda únicamente la identidad doria, pero da derecho a los reyes heraclidas, descendientes de Eurístenes y Procles, a heredar la *basileia* de Tindáreo; es, por tanto, el presupuesto para que pueda existir una comunidad de lacedemonios, formada por Esparta y otros centros, agrupada en torno a los reyes de Lacedemonia.

La estructura de las genealogías reales, con dos heraclidas gemelos colocados como epónimos de las dos casas, hace pensar que el vínculo fraterno ha sido elaborado para unir entre sí dinastías ya existentes. Podemos imaginarlas como *basileiai* homéricas, ciertamente dotadas de autoridad y prestigio social, pero más bien inestables en el momento de la transmisión del poder a los descendientes. Las tradiciones sobre la descendencia de Zeus y de Heracles garantizaron a los *basileis* de Esparta un nuevo y extraordinario carisma, asimismo gracias a una primera codificación de sus honores.<sup>12</sup> La saga heraclida fundó el derecho exclusivo a la *basileia* de las dos casas de los Agíadas y de los Euripóntidas, y así reforzó el principio de transmisión hereditaria. Como descendientes de Zeus, además, los reyes protegían la relación entre la comunidad y los dioses. De este modo, el mito heraclida tuvo también un efecto de larguísima duración sobre las instituciones de la



*polis*. Muchos diarcas, del siglo V al III, conocieron el exilio y/o murieron trágicamente, en grave conflicto con la comunidad. Y los espartanos eran conscientes de que los *basileis*, con su carisma, constituían una potencial amenaza para el orden. Pero por motivos religiosos y políticos no quisieron nunca deshacerse de ellos. De los *basileis* heraclidas dependía, de hecho, la cohesión misma de la comunidad lacedemonia.

Algunas tablillas de Tebas en lineal B atestiguan que el topónimo *Lakedaimon* se remonta a época micénica. J. Hall ha puesto bien de relieve cómo los espartanos habían usado este topónimo —o más probablemente corónimo, esto es, nombre de región— para justificar su primacía en Laconia. Hall ha supuesto que la identidad lacedemonia persistió desde la Edad del Bronce hasta la Edad del Hierro en comunidades que se habrían convertido en periecas.<sup>13</sup> Esto probablemente no es necesario. El término “Lacedemón” pudo simplemente haber sido transmitido por la tradición épica junto a la memoria de sus reyes, poderosos héroes de vastos dominios. Cuando la Esparta de los reyes heraclidas fue identificada con su sede, Esparta y Lacedemón pasaron a ser sinónimos. En este caso la tradición literaria y la arqueología concuerdan perfectamente. La fundación, en una colina frente a Esparta, a la izquierda del Eurotas, del culto de Menelao y Helena, entre finales del siglo VIII y comienzos del VII a.C.<sup>14</sup>, presupone y sanciona la identificación de Esparta con Lacedemón. Y la *Odisea* utiliza como sinónimos Esparta y Lacedemón como cuna de Menelao, legitimando a nivel panhelénico las pretensiones de los reyes heraclidas de ser herederos del Atrida. Las tradiciones que sustentan estas pretensiones están, por lo demás, atestiguadas en el siglo VII: Tirteo habla del retorno de los Heraclidas (fr. 1a.12-15 Gentili-Prato = 2.12-15 West) y de las *phylai* dorias (fr. 10.16 Gentili-Prato = 19.8 West); Alcmán relata a su vez el mito de los Hipocoóntidas (fr. 3.1-12 Calame = 1.1-12 Davies). Lacedemonios se convierte así en lo que fue más tarde: un término válido también para el conjunto de los espartiatas y, por usar una palabra quizás entonces anacrónica, periecos. En época clásica los signos del vínculo profundo y sustancial entre reyes y periecos son muchísimos, comenzando por el *temenos* que algunos centros periecos reconocían a sus *basileis*, precisamente como sucedía con los reyes homéricos. Una comunidad llegaba a ser lacedemonia en cuanto tributaba las debidas *timai* a los reyes de Esparta y les seguía fielmente en la batalla; y al mismo tiempo que las nuevas comunidades aceptaban estas obligaciones, se extendían los límites regionales de Lacedemón y de la *Lakonike*. A finales del siglo VIII, Esparta había ya forzado a la obediencia (gracias también a apropiadas demostraciones de fuerza, la última de todas quizá la primera guerra mesenia) a muchas de las comunidades entonces existentes en Laconia y Mesenia. De los éxitos de Esparta en este período es una verosímil prueba también

la primera construcción de un templo en el santuario de Artemis Ortia, a fines del siglo VIII. Aún más impresionante desde este punto de vista es la fundación del santuario de Agamenón y Alexandra (es decir, Casandra) en Amiclas, en el tránsito de los siglos VIII al VII. Esparta presenta así las credenciales a ser heredera del líder de los griegos en Troya, pretensión de la que se hace amplio eco la literatura griega arcaica y clásica. Asombroso dato, vista la autoridad panhelénica de la tradición épica, mas signo claro de las ambiciones de la ciudad, ahora ya franca rival de los argivos.<sup>15</sup>

### III. *Más allá de Licurgo: el desarrollo de las instituciones políticas y de la sociedad de Esparta en época arcaica*

En un reciente examen general de la arqueología de Laconia y Mesenia en época arcaica, N. Kennell y N. Luraghi han escrito: *there is no other Greek state where the coordination of literary and archaeological evidence is so fraught with difficulties, controversies, and downright contradictions* («no hay ningún otro estado griego en el que la coordinación de evidencias literarias y arqueológicas esté tan plagada de dificultades, controversias y contradicciones»).

Los dos estudiosos aluden antes que nada a la dificultad de poner de acuerdo dos imágenes. De un lado está la vida militar y austera, a la que según la tradición antigua Licurgo habría dirigido la ciudad desde tiempos antiquísimos (en el siglo IX u VIII, según a las contradictorias opiniones de los griegos), de otro la descubierta con las excavaciones inglesas de inicios del Novecientos, la riqueza y el lujo que parecen caracterizar el estilo de vida de la elite ciudadana, sobre todo en la transición del siglo VII al VI.<sup>16</sup>

En efecto, en ninguna otra *polis* griega la “mitificación” del origen de las propias formas de vida común y de la propia organización política ha sido tan precoz y profunda.

La continua reelaboración local y erudita de los temas de la tradición antigua sobre los orígenes de las instituciones políticas ciudadanas ha producido una trama rica e inextricable, centrada principalmente en la figura de Licurgo, artífice de un edificio político a menudo juzgado ejemplar. El triunfo político-militar de Esparta y su presunta diversidad respecto a las otras *poleis* griegas, según un cliché sólidamente construido por Jenofonte en la *Constitución de los lacedemonios*, el interés teórico y práctico por la buena organización de una comunidad política y, más en general, la centralidad de Esparta en la cultura antigua, garantizaron al legislador de Esparta un puesto de particular relieve en el patrimonio cultural de los griegos y también

de los romanos. Historiadores, filósofos y hombres de cultura no dudaban de su existencia histórica. Contaron sus vivencias personales, ilustraron las ideas y la grandeza moral del legislador; buscaron reconstruir la obra de reformador político y estudiaron su cronología. El testimonio más representativa de este interés es la *Vida de Licurgo* de Plutarco. Debido a la proliferación de las tradiciones antiguas, la precisa colocación genealógica y cronológica de Licurgo se convierte en una notoria *crux* (Plutarco, *Licurgo* 1). La historia del desarrollo de las instituciones políticas, sociales y militares espartanas se reduce, desde la época clásica, a Licurgo. Todas, con la única excepción de la diarquía, eran atribuidas a él (Heródoto I 65). El Apolo de Delfos había declarado perfecta la creación del legislador y a los ciudadanos no les tocaba más que cumplir las obligaciones establecidas, sin cambiar las leyes que estaban en el origen de la grandeza de la ciudad. En el curso del siglo IV a.C. se vinieron a destacar tres tiempos en la historia de las instituciones políticas, que habrían conocido una continua mejora en cuanto a equilibrio: a la diarquía se añade primero la *gerousia*, por obra de Licurgo, y después la *ephoría*, a iniciativa del rey Teopompo (Platón, *Leyes* III 691d-692a; Aristóteles, *Política* V 1313a25-33), el célebre protagonista de la primera conquista de Mesenia (Tirteo fr. 2 Gentili - Prato = 5.1-2 West<sup>2</sup>). La sistematización adolecía sin embargo de una base documental válida: era solo una nueva reconstrucción del pasado ciudadano, necesaria por el hecho de que a comienzos de siglo el rey Pausanias había escrito un panfleto contra las leyes de Licurgo (Éforo, *FGrH* 70 F 118, en Estrabón VIII 5.5), acusando al legislador de haber instituido la eforía sin la aprobación del dios délfico. En todo caso, se creía que como muy tarde en el siglo VIII Esparta hubiese asumido los rasgos que la distinguían en época clásica: rigor social y político, respeto de las leyes y austeridad en la vida cotidiana, dedicación absoluta a las actividades militares.<sup>17</sup>

Una reconstrucción segura y compartida del desarrollo de las instituciones espartanas es, en estas condiciones, imposible. Propongo aquí aquella que me parece más convincente.<sup>18</sup> Se basa esencialmente en los pocos documentos arcaicos disponibles, la poesía de Tirteo y la célebre gran *rhetra*, un texto extremadamente controvertido, transmitido por Plutarco (*Licurgo* 6) y comentado ya por el autor de la perdida *Constitución de los lacedemonios* peripatética.

Este proceso, tras la definición de la comunidad prepolítica (§ I), puede ser esquemáticamente dividido en tres fases:

1. Reforzamiento de la realeza (*basileia* heraclida: § II);
2. Definición de las instituciones políticas (ciudadanía, asamblea y *gerousia*);
3. Maduración de las instituciones políticas (eforía y definición censitaria del *status* de ciudadano, con sus efectos sobre las clases y comunidades dependientes, respectivamente hilotas y periecos).

Obviamente las transformaciones políticas e institucionales se asociaron, en recíproca interferencia, con fenómenos culturales, cambios sociales y triunfos militares. Al término de este proceso Esparta no se convierte en una “ciudad fósil”: las instituciones ciudadanas continuaron desarrollándose en época clásica, pero la última etapa fue absolutamente decisiva.

La gran *rhetra* testimonia el éxito de la segunda fase. El texto de este celeberrimo documento es el siguiente: «Después de erigir un templo a Zeus Silanio y Atena Silania, de distribuir las tribus y obas, previa institución de una *gerousia* de treinta con los *archagetai*, reunir la *apella* de tiempo en tiempo entre Babica y Cnación; hacer las propuestas y disolverse de este modo [sea del pueblo la capacidad de decisión]». Plutarco, siguiendo al autor de la *Lakedaimonion Politeia*, trataba como interpolación añadida una cláusula final, que probablemente formaba parte del texto original: «Pero si el pueblo habla de modo errado, los ancianos y los reyes deben disolver la asamblea».

La *rhetra*, que se remonta probablemente a finales del siglo VII o principios del VI, no representa una auténtica ley, sino una reconstrucción retrospectiva e intencionada que quiere reproducir la fundación de Esparta.<sup>19</sup> No señala, pues, el inicio de la Constitución espartana, sino, puesto que era considerada un oráculo concedido a Licurgo y traducido en ley, el inicio de la leyenda de la Constitución espartana. Se puede comprender la *rhetra* a la luz de la tradición, conocida a Jenofonte, que hacía de Licurgo un contemporáneo de los Heraclidas. La *rhetra* es una descripción de las instituciones contemporáneas de Esparta proyectada a los remotos tiempos del nacimiento de la *polis*. La *rhetra* menciona de hecho a los *archagetai* –los “fundadores”–, alude a la distribución en las tribus (*phylai*) dorias y en aldeas (*obai*), habla de la fundación de lugares de culto, de la definición del lugar de la asamblea y de la institución de la *gerousia*. Incluso sin testimoniar un puntual acto organizativo, fotografía de todos modos la realidad de Esparta en la época en la cual es elaborada. La comunidad ha alcanzado ya entonces *un grado apreciable de institucionalización política*. Para la participación en la ciudadanía se reclama la pertenencia hereditaria a *phylai* y *obai*: las primeras son las tribus dorias, mientras que las segundas son articulaciones territoriales de las que hablaremos más adelante; los *basileis* gozan de un sólido *status* hereditario, como descendientes de los fundadores, y se integran en un consejo de ancianos (la *gerousia*), que cuenta en total con treinta miembros; se hace referencia a las relaciones entre el consejo así compuesto y la asamblea y se definen normas para el control de opiniones consideradas dañinas para el bien común.

Esta estructura institucional es obviamente el resultado de un cúmulo de decisiones, actos y procesos que se remontan a tiempos diversos, algunos quizá también recientes. En un momento muy importante –pero desgraciadamente impreciso, si no es en referencia a la *rhetra*– fue fijado el número

de los *gerontes* (veintiocho, más los *basileis*). Se trata de un paso significativo en el desarrollo de la comunidad en sentido plenamente político, esto es, en el proceso que lleva a definir roles abstractos para realizar las tareas esenciales de quien la dirige y a fijar reglas y procedimientos políticos para designar a quien debe cubrirlos. Como la *basileia*, así también el consejo de los ancianos es antiquísimo. Ya en el *epos* homérico los ancianos y los *basileis* de mayor sabiduría y valor se reúnen para tomar las decisiones comunitarias. Cuando se establece una edad mínima (sesenta años: Plutarco, *Licurgo* 26.1) y un número fijo de miembros, vitalicios, para el consejo, éste asume un carácter institucional y político más marcado: entre otras cosas, se hicieron necesarias ocasionales elecciones para cubrir las vacantes dejadas por la desaparición de uno de los ancianos.<sup>20</sup>

Los espartanos de la época de la gran *rhetra* estaban evidentemente muy orgullosos de la propia vida ciudadana tradicional: solo quien está convencido de la calidad de las instituciones propias atribuye el origen a un legislador legendario como Licurgo —que hacia la mitad del siglo VII a.C. Tirteo, a lo que parece, no conocía. En el curso del siglo VIII, del VII y de la primera mitad del VI a.C. los espartanos no solo habían demostrado ser grandes guerreros con las victorias sobre sus rivales en el Peloponeso, comenzando por los mesenios, vencidos y sometidos en dos guerras combatidas entre fines del siglo VIII y el VII, sino que sobresalían también en tiempo de paz, en particular en los *agones* atléticos de Olimpia. Nuestro conocimiento de los vencedores olímpicos son incompletos, y para este período quizá en parte también impreciso, por ejemplo en cuanto a las fechas exactas de las victorias; pero la supremacía de los atletas de Esparta en este período es un dato aplastante e incontrovertible. Cada victoria individual en los *agones* confirmaba la calidad de la colectividad espartana.<sup>21</sup>

Para comprender la situación en la cual se elaboran estas tradiciones conviene recurrir también a la poesía de Tirteo, que vivió quizá algunos decenios antes. Esparta era en algunos aspectos todavía muy diferente de la ciudad de época clásica. No parece por ejemplo que el ejército lacedemonio de la época hubiese adoptado plenamente la táctica hoplítica. Tirteo se dirige, de hecho, también a guerreros armados a la ligera, evidentemente más pobres que los infantes que combaten cubiertos de bronce, según el uso que distingue al guerrero hoplítico (*gymnetes*, fr. 8.35 Gentili-Prato = 11.35 West<sup>2</sup>; cf. *gymnomachoi*, fr. 23a.14 West<sup>2</sup>). Más o menos por los mismos años, otro poeta espartano, Alcmán, testimonia un amor por la alegría del banquete inconcebible en la Esparta clásica (fr. 17 Davies), que pasó a la historia por la sobriedad al beber y por el caldo negro de sus comidas en común, las *sisitías*. Los hallazgos arqueológicos, sobre todo, aunque no solo, los del santuario de Artemis Ortia, muestran que entre finales del siglo VII y alrededor de la mitad del VI a.C.

floreció en Esparta una artesanía variada y a menudo rica y sofisticada.<sup>22</sup> A lo largo de todo el siglo XX sugirieron a muchos estudiosos la idea de que la transformación fundamental de las instituciones y de la cultura esparta había acontecido en el siglo VI a.C. Al nombre de Tirteo se ha vinculado además al recuerdo de desórdenes sociales, culminados en una petición de redistribución de tierras (fr. 1 West<sup>2</sup> *apud* Aristóteles, *Política* V 1306b36-1307a2). También Esparta se enfrentaba, pues, a los problemas planteados por el crecimiento de las comunidades ciudadanas, que con frecuencia generaban movilidad e incertidumbre alrededor del orden social, creaban notables diferencias de riqueza y determinaban una intolerable presión sobre las clases menos pobres. En esta situación también en Esparta –como en la Atenas de Solón– se advirtió la necesidad de definir en términos claros el lugar que correspondía a las personas en el seno de la comunidad. Para los griegos de época arcaica, cuya cultura se inspiraba en el comportamiento de los héroes homéricos, esto significaba esencialmente definir los honores que correspondían a cada uno, honores que eran cargos políticos, pero también la garantía de un estilo de vida adecuado al propio *status*.

La cuestión ¿cuál es el honor justo que corresponde a cada uno? orientó la etapa conclusiva del largo proceso que transformó Esparta en la ciudad que nos es más familiar. Las reformas, realizadas verosíblemente durante la primera mitad del siglo VI, pusieron en pie un sistema coherente y racional inspirado en un principio simple y tradicional. Los espartanos quisieron que la primera ciudad de Grecia estuviera compuesta solo por los mejores y gobernada por una *élite* rigurosamente seleccionada. Introdujeron para ello un límite de censo por debajo del cual se perdían los derechos cívicos: todo espartano tenía que entregar una contribución en productos alimenticios destinados a las mesas comunes (Aristóteles, *Política* II 1271a26-37). No es fácil determinar cuantitativamente este límite, que no parece en cualquier caso modesto.<sup>23</sup> Los continuos triunfos de Esparta habían hecho posible la existencia de una gran comunidad ciudadana compuesta de propietarios de una tierra que era cultivada por campesinos dependientes, los hilotas; sin considerar los territorios de las ciudades periecas, los espartanos poseían un territorio vasto que se extendía por el valle del Eurotas y las fértiles tierras de la Mesenia central, más allá del macizo del Taigeto. A inicios del siglo V Esparta era una gran ciudad para los estándares griegos y se estimaba que pudiese poner en el campo ocho mil hoplitas (Heródoto VII 134).

Se instituyó asimismo, y se hizo hasta cierto punto obligatorio, un sistema pedagógico organizado y supervisado por las autoridades ciudadanas. Tal sistema, que suscitó enorme interés en los antiguos y que los modernos acostumbran a denominar un poco impropriamente *agoge*, se fundaba en parte en ritos preexistentes y es seguro que se fue ulteriormente desarrollando con

el curso del tiempo.<sup>24</sup> Formaba guerreros a tiempo completo, dedicados al bien de la *polis* y al respeto del *nomos*: la constante competencia para dar muestra de las virtudes socialmente aprobadas conducía a la selección de una elite de los mejores, constantemente vigilada en sus *performances*. Se pretende también que todos los espartanos tuvieran garantizada una existencia aristocrática. Libres de todo trabajo manual, se dedicaban a las actividades políticas y religiosas, a la caza, a los juegos atléticos, a los banquetes, dispuestos en todo momento a mostrar su valor. Para algunos de ellos se trató de una verdadera promoción social. El apelativo *homoioi* («iguales», iguales sobre todo en valor, y así potencialmente en dignidad) del cual se adornan, subraya también la superación de las diferencias de *status* entre los ciudadanos. Pero la “igualdad” requería a los más afortunados un estilo de vida moderado. A fines del siglo V Tucídides podía escribir que los espartanos habían adoptado tiempo ha una vida modesta y fuertemente igualitaria (I 6.4). El deseo y la ostentación de riqueza aparecían como una amenaza para la concordia cívica; los bienes de lujo y una vida relajada eran considerados seducciones superfluas y peligrosas para gente llamada a soportar toda dureza y a demostrar el propio coraje viril en la batalla. El *status* individual (*time*) debía ser decidido por la *polis* y reflejar la dedicación al bien de la comunidad y la fidelidad a sus valores éticos y político-militares. La ciudad designaba y premiaba a los mejores; las diferencias económicas y las manifestaciones de prestigio no debían interferir en esta decisión: la riqueza, en general, no se valoraba socialmente. Las diferencias económicas no fueron eliminadas, sino puestas en segundo plano; podían emerger ocasionalmente, en circunstancias y formas respetuosas con los valores compartidos. Del mismo modo, la moral común consentía la búsqueda del interés económico, sobre todo en la esfera privada y familiar, mas tenía alejados a los ciudadanos de las transacciones económicas, consideradas indignas; aprobados por completo eran por contra los intercambios conducidos en modo apropiado, en el contexto de relaciones sociales de tipo tradicional que apelaban a la reciprocidad y a la amistad (regalos, dotes, herencias), pero el mejor modo para adquirir bienes era la conquista militar.<sup>25</sup>

La reforma del siglo VI a.C. no trajo buenos frutos a todos los habitantes de Laconia. El término «*homoioi*» distingue también, implícitamente, a los espartanos de quienes no están a su altura, antes que nada en la sociedad lacedemonia. Las fatigas del trabajo de la tierra, consideradas indignas de un hombre de valor, estaban reservadas a los hilotas: de ellos dependía la existencia de cada espartano. Las investigaciones conducidas recientemente en la campiña laconia han mostrado que en torno a la mitad del siglo VI los alrededores de Esparta, hasta entonces privados de asentamientos, se pueblan de numerosas y muy pequeñas granjas.<sup>26</sup>

También en otras partes de Grecia, entre la edad tardoarcaica y clásica, se registra una ocupación más densa del campo: en Laconia el fenómeno

fue, sin embargo, extraordinariamente rápido, y al parecer espontáneo, no el fruto de una distribución de tierra, sino de un nuevo modo de explotarla. Es razonable postular una relación con la decisión de ligar el *status* cívico a la contribución a las comidas comunitarias. Las contribuciones obligatorias a las *sisitías* no comprendían solo cereales, sino también vino e higos, y empujaban al cultivo: en sustancia, inducían a practicar una agricultura que, en parámetros de entonces, podemos llamar intensiva, y que requería de una presencia campesina estable en los campos.<sup>27</sup>

Las reformas que definieron el *status* de los *homoioi* influyeron así profundamente en la vida de las clases dependientes. El alejamiento de la población no libre en residencias estables en el campo fue ciertamente fruto de una opción económica, pero acentuó —no solo en términos físicos— la distancia entre dependientes y ciudadanos. En general se estableció una rigurosa contraposición entre libres y no libres, que coincidía en buena parte, al menos en esta época, con la distinción entre ciudadanos de pleno derecho y los despreciados *hilotas*. Las condiciones de los campesinos dependientes —sean cuales fueran en origen: ciertamente no todos los *hilotas* eran descendientes de poblaciones esclavizadas, bien *mesenios* vencidos por Esparta, bien *aqueos* sometidos por invasores *dorios*— fueron desde ahora en adelante más homogéneas; quizá la categoría misma de los *hilotas* fue ahora jurídicamente definida.<sup>28</sup>

El estatuto *perieco*, también verosímelmente mejor definido en términos jurídicos a partir de este momento, constituyó probablemente una válvula de escape para aquellos que se encontraban excluidos de la ciudadanía.

A las tensiones sociales y económicas, pues, se responde definiendo lo que le espera a cada uno: Solón en Atenas defiende la dignidad de los ciudadanos más débiles y reconoce abiertamente el peso de la riqueza; Esparta optó por la “igualdad”, con daño para los excluidos.

La gran *rhetra*, ya recordada anteriormente, prescribe y describe el funcionamiento de la asamblea espartana sin mencionar a los éforos, algo impensable en época clásica, cuando los éforos la presidían. La competencia esencial de los éforos —y presumiblemente originaria, como sugiere su nombre, «observadores», «vigilantes»— es la de vigilar el respeto a las leyes y costumbres. Sus funciones están estrechamente relacionadas de hecho con la idealización de las normas y la conciencia de que la *polis* debe su grandeza a los propios *nomoi*, que es uno de los presupuestos de la reforma del siglo VI. Esto hace pensar que el colegio haya sido instituido justo en el contexto de la citada reforma.

Al entrar en el cargo los éforos anunciaban: «afeitáos los bigotes y obedeced las leyes, si no queréis incurrir en nuestra severidad» (Plutarco, *Cleómenes* 9.3) y todos los meses éforos y reyes intercambiaban un célebre juramento descrito por Jenofonte (*Constitución de los lacedemonios* 15.7):

«Cada mes se renueva bajo juramente un pacto recíproco entre los éforos en nombre de la ciudad y el rey a título personal. El rey jura reinar conforme a las leyes establecidas por la ciudad, la cual a su vez jura no mermar las prerrogativas reales si el rey permanece fiel a sus propios juramentos». Estos rituales políticos forman un sistema simbólico transparente: los éforos son, en nombre de la ciudad, los custodios del *nomos*; al respeto de la ley están obligados también los más grandes (los *basileis*), y todos deben respetarla, desde jóvenes e incluso en los detalles más nimios; los éforos velan sobre todo y todos.<sup>29</sup>

Los espartanos deben de haber sentido la necesidad de poner bajo control a los *basileis*; se debía de temer que, poderoso gracias al carisma conferido por el mito heraclida y por siglos de victorias militares, alguno de ellos se desembarazase del colega o instaurase una tiranía. La tiranía, por lo demás, era una epidemia que, entre fines del siglo VII y el VI, arreciaba en Grecia. El ejemplo más claro de la valiente defensa de la ciudad frente a un aspirante a tirano es el que se concluye con la muerte de Pausanias, el vencedor de Platea.<sup>30</sup> Como hemos dicho ya, los espartanos advertían que los carismáticos reyes heraclidas constituían una poderosa amenaza para el orden, pero tenían profundos motivos ético-religiosos y políticos para no desembarazarse de ellos. La historia de Esparta no se caracterizó de todos modos por el conflicto entre éforos y reyes. En concreto el prestigio adquirido en el campo de batalla y el respeto a las tradiciones y a la ley fueron factores importantes en los equilibrios políticos internos: algunos reyes hábiles y afortunados ejercieron un notable ascendiente sobre la comunidad, determinando las más de las veces las opciones políticas.

En el plano de la maduración de las categorías políticas es significativa la creación de insignes magistrados. Jenofonte escribe (*Constitución de los lacedemonios* 15.6): «Todos se levantan ante los reyes, salvo los éforos del asiento eforal». El ritual de deferencia de levantarse y/o ceder el sitio está bien institucionalizado en Esparta: la norma prevé el homenaje a los ancianos, pero conoce excepciones. Se castiga a quien se mancha con comportamientos reprobables (por ejemplo Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 9.5; Plutarco, *Licurgo* 15.3; 20.15), y viceversa, se señala positivamente el papel de los valientes (Tirteo fr. 9.40-41 Gentili-Prato), de los *basileis* y de los éforos. La frase «todos se levantan ante los reyes, salvo los éforos del asiento eforal» implica, sin embargo, que *normalmente* también los éforos —como todos los demás— se levantaban ante los reyes, y que permanecían sentados únicamente sobre el símbolo de su cargo. El *status* de los *basileis* depende de la persona de los reyes, y así, de su origen divino; el de los éforos del cargo para el cual son elegidos. La importancia de los asientos eforales queda de manifiesto en el comportamiento de Cleómenes III, que en los años 20 del siglo III decide librarse de la eforía, hace quitar cuatro de los cinco

asientos de los éforos y concede audiencia sobre el único que queda (Plutarco, *Cleómenes* 10.1; cf. 7.3). Se ha cumplido un proceso de abstracción, favorecido también por el carácter anual del cargo mismo: la dignidad del cargo se concibe como independiente de la persona que lo ocupa.

#### IV. *La forma de asentamiento: apuntes sobre (pre)historia urbana de Esparta*

Conocemos mal las más antiguas fases de habitación en Esparta. Los restos más antiguos, que debían de ser bastante modestos, han sido cubiertos primero por la ciudad romana y después en su mayor parte por un hábitat moderno nacido en 1834 en el sitio de la vieja ciudad de Licurgo por decreto del primer rey de la Grecia independiente, Otto von Wittelsbach.

Únicamente son mejor conocidos algunos grandes santuarios, objetos de repetidas campañas de excavación sistemática, como por ejemplo el Amicleo, el Meneleo y el templo de Artemis Ortia.<sup>31</sup> Los numerosos datos proporcionados por las excavaciones de emergencia en la ciudad conducidas en los años 90 son conocidos por otro lado solo de forma preliminar.<sup>32</sup> Falta también una síntesis actualizada y su trasposición a un mapa detallado (incluso si debemos estar enormemente agradecidos a E. Zavvou y N. Themou por el que han elaborado hace pocos años: **figs. 2-3-4**). Desgraciadamente las campañas del *survey* angloholandés en Laconia, conducidas también en los años 80 y rápidamente publicadas, han afectado a un área más bien limitada, al este del Eurotas, y no al corazón de la llanura, que se extiende sobre todo al oeste del río y que está por otra parte caracterizada por una fuerte presencia de estratos aluviales.<sup>33</sup> Esto que presento aquí es por tanto únicamente un intento de poner un poco de orden en una cuestión muy compleja. En el trasfondo está, además de la cuestión de los asentamientos, de la que me ocuparé más directamente, el problema del grado de integración de los habitantes en la llanura de Esparta en la Primera Edad del Hierro, y, por último, la cuestión de las relaciones entre Esparta y Amiclas. No abordaré los versos del catálogo de las naves relativos a *Lakedaimon*, que requieren un largo debate y no aportarían datos seguros a nuestra exposición. Hoy está mejor representada que hace un tiempo la tendencia a considerar el catálogo obra del poeta de la *Iliada* y a ver reflejada en él una tradición poética oral que también, a través del mito, había transmitido un cuadro de conocimientos geográficos más o menos bien definidos. El reciente comentario dirigido por Latacz insiste en la posibilidad de relacionar el catálogo mismo con un registro ligado a una expedición real contra Troya.<sup>34</sup> La posibilidad



en cambio de que la toponimia misma represente una amalgama de conocimientos y nociones vinculadas en parte a la edad micénica, pero también a todo el tiempo sucesivo, hasta los momentos cercanos a la composición, me parece la más convincente, en el marco de una hipótesis que reconozca en el mito y la poesía oral el vehículo esencial de los conocimientos depositados en esta “geografía catalógica”. El interés que una operación semejante podía tener para el poeta y los griegos del siglo VIII o VII, en el cual es también posible que fueran compuestos los poemas, obviamente tiene que ser encuadrado en la dimensión panhelénica del *epos*, que la *Iliada* y la *Odisea* testimonian: el catálogo, pues, refleja la aparición de una conciencia étnica común que el nacimiento de los santuarios panhelénicos y la colonización contribuyen a alimentar y a difundir. En lo que respecta a Laconia, también un reciente intento de remontar a la edad micénica el contexto de estos versos concluye con la constatación de que en bastantes de los centros mencionados no hay rastro de ocupación en edad micénica, frente a una consistente existencia en época histórica.<sup>35</sup> Hay que señalar, de todas maneras, que el catálogo menciona a Amiclas junto a Esparta, pero aparentemente no recuerda ningún otro centro que puedes después ser calificado de “aldea” de Esparta.

En edad romana los ciudadanos de Esparta estaban divididos en cinco demarcaciones llamadas *obai*. Los nombres de las singulares obas espartanas son conocidos por las inscripciones agonales de época imperial halladas en el santuario de Artemis Ortia. Cuatro de estas *obai* se encontraban dentro de los muros construidos en la segunda mitad del siglo III a.C.:<sup>36</sup> eran las obas de Pitana, Cinosura (lac. *Konoureis*), Limnas y Mesoa. En realidad solo la posición de Pitana y de Limnas es relativamente segura. Una quinta oba era la de los *neapolitai*. Hace varios años N. Kennell demostró que los *neapolitai* son los amicleos. Amiclas, localizada cinco kilómetros al sur de Esparta, era por lo tanto una de las cinco *obai* de la Esparta romana. Un decreto de los siglos II-I a.C. define la misma Amiclas como una oba, pero no es claro si en aquel momento era parte o no de la comunidad ciudadana.<sup>37</sup> La grafía  $\omega\beta\acute{\alpha}$  representa el más antiguo \* $\omega\phi\acute{\alpha}$ , con /w/ (aproximante labiovelar sonora). Varias glosas de Hesiquio muestran que las  $\omega\beta\acute{\alpha}$  eran conocidas como subdivisiones del cuerpo cívico de carácter local: son equiparadas a  $\kappa\acute{\omega}\mu\alpha\iota$ ,  $\tau\acute{o}\rho\alpha\iota$  y  $\phi\upsilon\lambda\acute{\alpha}\iota$ . Como  $\phi\upsilon\lambda\acute{\alpha}\iota$ , por otro lado, aparecen también en documentos públicos de la Esparta imperial (*IG V* 1.480 y 564). Cuanto las fuentes tienen que decir para uno u otro de los topónimos (llamados  $\delta\eta\mu\circ\varsigma$ ,  $\pi\acute{o}\lambda\iota\varsigma$ ,  $\phi\upsilon\lambda\acute{\eta}$ ,  $\kappa\acute{\omega}\mu\eta$ ,  $\tau\acute{o}\rho\circ\varsigma$ ), está en línea con estas indicaciones.<sup>38</sup> Como quizás todos recuerdan, Tucídides I 10.2 afirma que Esparta es una ciudad «no construida de manera conjunta y privada de santuarios y construcciones suntuosas, habitada en aldeas dispersas, a la antigua usanza

de los griegos» (ὅμως δὲ οὔτε ξυνοικισθείσης πόλεως οὔτε ἱεροῖς καὶ κατασκευαῖς πολυτελέσι χρῆσαμένης, κατὰ κώμας δὲ τῷ παλαιῷ τῆς Ἑλλάδος τρόπῳ οἰκισθείσης).

A partir de la equivalencia *oba* – *kome* documentada por los lexicógrafos antiguos, se tiende a pensar que las aldeas de las cuales hablaba Tucídides corresponderían de hecho, con la única excepción de la más lejana Amiclas, a las subdivisiones del cuerpo cívico en edad imperial: Tucídides, esto es, hablaría de Pitana, Cinosura, Limnas y Mesoa antes de la construcción de las murallas helenísticas.<sup>39</sup> Dos testimonios parecen dar fe de que la institución de las *obai* ya existía en la época arcaica y de que las *komai* de Tucídides eran las *obai* de época romana.

Garantía de la antigüedad de las obas como institución es la gran *rhetra*. La *rhetra*, como hemos visto, es en realidad un extraordinario documento ficticio de época arcaica. Nos muestra cómo los espartanos de aquel tiempo imaginaron la creación de sus instituciones cívicas. Se trata, pues, de un documento del siglo VII o VI en el cual aparecen las *obai*. Por consiguiente, las obas son realmente instituciones antiguas.

Garantía a su vez de la identificación de las *obai* de la *rhetra* y las *komai* de Tucídides con las articulaciones cívicas de edad romana es un pasaje de Pausanias. El Periegeta quiere demostrar que la estatua de Artemis Ortia es la verdadera Artemis Táurica. La estatua habría sido llevada a Esparta por Orestes y redescubierta en tiempos muy antiguos. Trastorna la mente de quien se le acerca y, como corresponde a una diosa sedienta de sangre, hace brotar en la ciudad violentas luchas intestinas. Pítaneos, cinosureos, limneos y mesoatas entran en conflicto: muchos se dan muerte entre sí y la ciudad se ve afectada por una enfermedad. Al principio, a consecuencia de un oráculo que ordenaba bañar en sangre humana el altar de la diosa, se instituyó un sacrificio humano; pero Licurgo puso fin a esta bárbara costumbre ideando la fustigación ritual de los efebos, que de todos modos satisfacía al oráculo y a la diosa salvaje (III 16.7-11). Sobre la base de estos testimonios, en sustancia, se proyecta al siglo V la situación territorial y la articulación comunitaria de la Esparta helenístico-romana, y se la hace remontar todavía más atrás, hasta los tiempos remotos sugeridos por estos orígenes prelicurgueos.

A las cuatro *komai-obai* primitivas se habría añadido en el siglo VIII Amiclas. Pausanias (III 2.6; cf. 19.6) narra que los aqueos no fueron expulsados de Amiclas y otros centros del valle del Eurotas hasta la generación siguiente a aquella en la que Licurgo, según la vulgata, dio sus leyes, es decir, al reinado de Teleclo (que los modernos ponen hacia la mitad del siglo VIII). Según Pausanias, también la conquista de Laconia y la creación del hilotismo habían tenido lugar tras la legislación de Licurgo (III 2.7; 20.6). Esta cronología “baja” seduce a los modernos, que además transforman con desenvoltura

la conquista de Amiclas y la expulsión de los aqueos en la incorporación de Amiclas entre las *komai* de Esparta. De este modo, las *obai* de Esparta habrían llegado a ser cinco, un número igual, entre otros, al de los éforos. Puesto que cinco eran también los *lochoi* en que se dividía el ejército de Esparta, se ha pensado que también éstos tendrían que ver con las cinco obas.<sup>40</sup>

Pero esto es un auténtico castillo de naipes.

En primer lugar, la historia de Pausanias sobre la conquista tardía de Amiclas y de Laconia no tiene valor documental alguno. Los autores de época clásica, comenzando por Píndaro, asociaban la toma de Amiclas al retorno de los Heraclidas (Píndaro, *Pítica* I 65; *Ístmica* VII 12 ss.; Éforo, *FGrH* 70 F 117; cf. F 118; Aristóteles, fr. 532 Rose<sup>3</sup>). Esta tradición no es memoria histórica de la contraposición entre dorios y aqueos, o entre Esparta y Amiclas, sino el éxito natural de la “herética” pretensión espartana –nacida como hemos visto en época arcaica, en el marco de rivalidad con Argos– de trasladar a Laconia, y precisamente a Amiclas, la cuna de Agamenón, y por lo tanto de sus sucesores Orestes y Tisámeno. La conquista de Laconia no podía sino culminar con la conquista de la capital del Atrida que reinaba sobre ella.

Pausanias, o mejor, sus fuentes, innovan respecto a esta tradición clásica asociando la conquista de Laconia y un bien conocido tema historiográfico. El tema es éste: Esparta se convierte en potencia solo después de que Licurgo hubo dado sus leyes (Heródoto, I 65-66; Éforo *FGrH* 70 F 118). El relato de Pausanias lleva esta noción al extremo. Esparta necesitó de Licurgo para liberarse de la resistencia aquea. Por lo que sabemos gracias a la arqueología, y a la unidad formal del Protogeométrico laconio, es probable, por el contrario, que Amiclas haya estado desde tiempos muy remotos estrechamente ligada a Esparta.<sup>41</sup>

Debería ser obvio, pues, que es imprudente utilizar un *aition* de época romana para reconstruir la historia arcaica de una ciudad... Y el relato sobre la fundación del culto de Ortia no merece tanta credibilidad. Este relato es reciente, porque reciente es el rito que debe fundar.<sup>42</sup> La fustigación ritual, de hecho, sustituyó a otro rito, atestiguado en el siglo IV. En época clásica los jóvenes trataban de robar quesos del altar de Ortia, defendido por otros jóvenes armados con látigos (Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 2.9). Conocemos también un mito de fundación para este ritual: se contaba que Pausanias el Regente y los suyos, en vísperas de la batalla de Platea, habían defendido con látigo y bastones los altares del asalto de los bárbaros, que les habían atacado mientras intentaban cumplir el sacrificio preliminar (Plutarco, *Aristides* 17.10).<sup>43</sup> El hecho de que los protagonistas de la narración sean los ciudadanos de solo cuatro “aldeas” –sin Amiclas– no es un detalle anómalo que revele la autenticidad histórica. ¡Todo lo contrario! Según

Pausanias, Amiclas no estaba aún sometida a Esparta en la época del incidente, que tiene lugar antes de la legislación de Licurgo. Por lo demás, también los espartanos de época romana “sabían” que Amiclas había entrado recientemente en el cuerpo cívico de Esparta, puesto que los amicleos eran miembros de la tribu de los *neapolitai*. Ni Pausanias ni sus fuentes, pues, podían imaginar que los *neapolitai* estuvieran involucrados en los primordiales conflictos sangrientos en torno a la estatua de Ortia.

Me parece que se puede compartir lo observado recientemente por M. Lupi, que ha puesto en duda la reconstrucción tradicional (ya antes W.G. Forrest avanzó importantes consideraciones). Lupi ha notado cómo en realidad los testimonios de época arcaica y clásica conocían, entre las cuatro aldeas, únicamente la de Pitana (mencionada quizá por Alcmán, seguro por Píndaro; luego está la discusión sobre el *lochos* pitaneo que implica Heródoto IX 53 y Tucídides I 20; Heródoto encuentra a Arquias en Pitana: III 55.2; Eurípides asocia Pitana a Atenea Calcíeco: *Trojanas* 1110-1113). Según Lupi, es probable que las *komai* de las que habla Tucídides se hubieran extendido en realidad por un área bastante más grande de la comprendida por los muros: algo, sin embargo, admitido para Amiclas.<sup>44</sup> Yo sospecho que él tiene razón, incluso si pienso que está en un error cuando pone en duda la identificación *komai* – *obai*, y define las obas como simples subdivisiones de las *phylai*. Lupi recuerda varios datos importantes:

1. Una inscripción copiada por Fourmont en Slavochori, cerca de Amiclas, evidentemente de época arcaica y reestudiada por Beattie en 1951, menciona, en el interior de un texto cuya reconstrucción parece imposible, una sexta oba, la ὄψα Ἀρκάλων.<sup>45</sup>
2. La conexión entre la distribución del ejército y las cinco *obai* en su identificación “ortodoxa” es muy incierta.
3. La organización del cuerpo cívico de las ciudades griegas estaba sometida a frecuentes cambios que razonablemente se pueden admitir también para Esparta.
4. Las investigaciones del *Laconia Survey*, aunque conducidas en un área relativamente limitada y marginal, han sacado a la luz al menos una aldea, en el lugar de la moderna Geladari, unos 3.5 kms. al norte de Esparta, identificable con Tórnax, conocida en la Antigüedad por un santuario de Apolo Piteo<sup>46</sup> (fig. 1).
5. El pasaje de Tucídides (I 10.2) merece ser reconsiderado. La Esparta de inicios del siglo V podía poner en el campo un ejército de ocho mil guerreros; si realmente gran parte de ellos habitaban en el área urbana helenístico-romana, Esparta habría sido entonces una conurbación, no un hábitat *kata komas*. Tucídides hace pensar en un asentamiento disperso sobre un área más vasta.



En relación con este último punto, hago notar que los conceptos utilizados por Tucídides («sinecismo»: οὔτε ξυνοικισθείσης πόλεως; «a la antigua usanza de los griegos»: τῷ παλαιῷ τῆς Ἑλλάδος τρόπῳ) sugieren que él mismo se estuviera refiriendo a la forma urbana de Esparta a la luz de procesos de transformación urbana que entre el arcaísmo reciente y el siglo V habían involucrado a muchas ciudades, como Mantinea, Tegea o Elis, y que podían dar una idea concreta de qué era «a la antigua usanza». En estos casos se realizaba la potenciación o la creación de un centro urbano a veces preexistente, con un traslado parcial de los habitantes de las comunidades sinecizadas a ellos. Estas comunidades no eran empero normalmente núcleos habitados concentrados en un área de unos pocos centenares de hectáreas, como se piensa fuese Esparta: el caso de Mantinea es recordado como un ejemplo de sinecismo de un área más bien restringida, y las antiguas aldeas se encontraban a una distancia del “nuevo centro” de 1 (Ptolis), 5 (Maira), 7 (Nestane) y 7.5 kilómetros (Louka) (?), respectivamente.<sup>47</sup>

Añado un sexto y un séptimo elemento:

6. La *rhetra* “ordena” que las reuniones políticas se desarrollen bajo la tutela de Apolo «entre Babica y Cnación». Cnación es identificado, sobre la base de la exégesis aristotélica de la *rhetra*, con el río Enunte (hoy Kelephina), que se une al Eurotas un poco al norte de Esparta, proviniendo del este (fig. 1). Babica sería a su vez un puente: si se tratase del puente sobre el Magoulitsa (figs. 2-3-4) se entendería bien por qué Plutarco decía que «entre Babica y Cnación» significa Esparta (*Pelop.* 17.13). Una indicación tan vaga tiene solo sentido si el hábitat estaba dispuesto en un área más bien extensa.
7. Estrabón (VIII 5.3) recuerda una discusión sobre el nombre de Messe, que aparece entre los centros de la Laconia en el catálogo de las naves homérico. Algunos eruditos helenísticos identificaron Messe con Mesoa. Otros, sin embargo, objetaban que Mesoa es una “parte” de Esparta y, por lo tanto, no puede encontrarse en el catálogo al lado de Esparta misma. A este propósito Estrabón compara Mesoa al Limneo y menciona, de manera francamente oscura, también a Tórnaξ (Μεσσοῖα δ’ οὐ τῆς χώρας εἶναι μέρος, ἀλλὰ τῆς Σπάρτης, καθάπερ καὶ τὸ Λιμναῖον κατὰ τὸν <Θ>όρνακα). Bergk propuso una enmienda convincente <καὶ> τὸν <Θ>όρνακα, que es acogida por Radt en su reciente edición de Estrabón: «Mesoa no es parte del territorio, sino de Esparta, lo mismo que el Limneo y Tórnaξ». De este modo, Tórnaξ llega a ser un *meros* de Esparta al igual que Limnas y Mesoa.

La conclusión de Lupi es que Pitana fuera el verdadero centro político-religioso de la comunidad constituida en aldeas, distribuidas sobre un área mucho más extensa de lo que se suele pensar. Por ello, la historia del hábitat de Esparta está aún por escribir y sus fases más antiguas son bastante inciertas. Los hallazgos de tumbas y estratos arqueológicos de edad protogeométrica y geométrica parecen compatibles con la existencia de una o dos aldeas (o por lo menos núcleos de habitación) agrupadas en torno a la acrópolis, correspondientes a las áreas de Pitana y quizá de Limnas (fig. 2). Solo un estudio profundo y sistemático de los datos arqueológicos y literarios, todavía por hacer, podrá aportar los instrumentos para entender cuál fue la situación arcaica y clásica que plantea las premisas a la urbanización de época helenística y romana. Los mapas (figs. 2-3-4) registran tan solo una muestra limitada de datos, descubiertos en años recientes, y no distinguen la naturaleza de los hallazgos. El cuadro que ofrecen no contrasta empero con las significativas impresiones generales de los arqueólogos de la Eforía de Esparta. Hallazgos de época arcaica proceden de toda la parte norte de la ciudad moderna, mientras se registran bien pocos restos datables con seguridad en época clásica. Solo a partir del período helenístico, época a la que se remonta una serie de tumbas concentradas en pequeños cementerios, a veces continuación de otros más antiguos, encontramos estratos de habitación extendidos a gran parte de la ciudad moderna, comprendidas todas las colinas.<sup>48</sup> Es evidente que el centro político de Esparta puede ser concebido desde la época clásica como un núcleo urbano, pero esto no significa que tuviese la extensión y la densidad alcanzada en época helenístico-romana y que las obas integradas en él agotaran el cuerpo cívico.<sup>49</sup> Es también de suponer —como me inclino a hacer— que, más allá de Pitana y Limnas, aunque las obas de Mesoa y Cinosura habían tenido precedentes clásicos, nada prueba que se tratase de hábitats suficientemente amplios como para transformar Esparta en una conurbación y que, además de estas cuatro obas y Amiclas, no existieran otras igualmente habitadas por ciudadanos. Ciertamente debemos imaginar un desarrollo complejo, que no puede ser reducido a la simple construcción de los muros, de los que los espartanos prescindieron durante mucho tiempo en cuanto convencidos de la propia excelencia militar, que podía y debía de todas formas ser demostrada en un encuentro en campo abierto. En época clásica la centralización y el prestigio de las funciones políticas, la institución de las comidas comunitarias (que sin embargo, como demuestra el caso de Amiclas, era evidentemente también practicable en un sistema de núcleos habitados distantes), el creciente temor a los conflictos con los hilotas (seguramente más acusado desde el siglo V),<sup>50</sup> y quizá también el progresivo empobrecimiento de muchos ciudadanos, garantizaron ya a los habitantes situados “entre Babica y Cnación” una cierta fuerza de atracción. Más tarde, las dinámicas puestas en movimiento por las reformas y las convulsiones de época helenística, la



protección de los muros y, verosímelmente, la misma reorganización de la ciudad tras la “liberación” de Esparta del predominio aqueo, contribuyeron a la definitiva concentración de los habitantes en el centro, según una tendencia que caracteriza a toda la Grecia de este período.

Parece de todos modos que un eje conductor de la vida colectiva fuese aquel que unía la acrópolis y el ágora de Esparta con Amiclas, como se desprende también de los hallazgos arqueológicos (figs. 3-4). Los reyes euriopóntidas se hacían enterrar al final de la *Aphetais*, la vía que, flanqueada por importantes santuarios, atravesaba la Esparta romana de norte a sur. Desde el final de la *Aphetais* comenzaba la *hodos Hyakinthis*, hacia Amiclas.<sup>51</sup> Esta elección no tiene que ver, a lo que parece, con su lugar de habitación: el rey Aristón, a fines de la época arcaica, vivía en una zona comprendida en la Limnas de época romana (Heródoto VI 69.3; Pausanias III 16.6). Me parece que también esto se relaciona con el sentido de unidad profunda que caracteriza la zona central del valle de Laconia, que emerge asimismo de la cultura material de época protogeométrica. Y el santuario de Agamenón, fundado en Amiclas entre los siglos VIII y VII, tiene solo sentido en relación con una Amiclas profundamente integrada en Esparta: solo de esta forma se le podía conceder la gloria de ser la cuna de Agamenón. Los espartanos se sentían conquistadores, pero la conquista se remontaba al tiempo lejano de sus orígenes heroicos. Las aldeas de la parte central del Eurotas constituyeron pronto un conjunto compacto bajo los reyes de Esparta. Y los grandes y antiguos cultos que emergían en ellos –Apolo Piteo en Tórna, Apolo Jacintio en Amiclas, Artemis Ortia en Limnas y Atenea Calcíeco en la acrópolis–, en cuanto particularmente anclados en la religiosidad de las singulares obras en las que se encontraban,<sup>52</sup> desarrollaban funciones diversas, garantizando a toda la comunidad de Esparta el favor de los dioses.

Arqueología y tradición literaria pueden avenirse también en las manos de un escéptico, siempre que no se les pregunte aquello que no pueden dar.

## Notas bibliográficas

1. Este trabajo, en los apartados I-III, retoma más o menos ampliamente cuanto he expuesto en «Sparta», en K.A. Raaflaub, H. van Wees (eds.), *A Companion to Archaic Greece*, Malden, Ma. - Oxford - Chichester, 2009, pp. 117-37; el apartado IV debe en cambio mucho a M. LUPI, «Amompharetos, the *lochos* of Pitane and the Spartan system of villages», en S. Hodkinson, A. Powell (eds.), *Sparta and War*, Swansea, 2006, 185-218. Deseo agradecer a César Fornis, que ha traducido estas páginas, su gentil disponibilidad y el calor de su amistad.

2. H.-J. GEHRKE, «Myth, History, and Collective Identity: Uses of the Past in Ancient Greece and Beyond», en N. Luraghi (ed.), *The Historian's Craft in the*

*Age of Herodotus*, Oxford, 2001, pp. 286-313; L. FOXHALL, H.-J. GEHRKE, N. LURAGHI (eds.), *Intentional History. Spinning Time in Ancient Greece*, Stuttgart, 2010.

Sobre las técnicas de arqueología griega, v. p. ej. M. NAFISSI, «Italòs nella tradizione greca: sovrano eponimo ed eroe identitario», en *Da Italia a Italia: le radici di un'identità*, *Atti 51° Convegno internazionale di studi sulla Magna Grecia*, en preparación.

3. Sobre estas tradiciones, v. F. PRINZ, *Gründungsmythen und Sagenchronologie*, München, 1979, pp. 206-313; I. MALKIN, *Myth and Territory in the Spartan Mediterranean*, Cambridge, 1994, pp. 15-45; N. LURAGHI, *The Ancient Messenians. Constructions of Ethnicity and Memory*, Cambridge, 2008, pp. 46-67. Sobre el Egi-mio, v. E. CINGANO, «The Hesiodic Corpus», en F. Montanari, A. Rengakos, C. Tsagalis (eds.), *Brill's Companion to Hesiod*, Leiden-Boston, 2009, pp. 123-125.

4. S.R. WENSKUS, *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen Gentes*, Köln, 1961; W. POHL, *Le origini etniche dell'Europa*, Roma, 2000, esp. pp. 1-38, 263-286; Id., *Die Völkerwanderung. Eroberung und Integration*, Köln, 2002, pp. 206-212. La cita es de W. POHL «Ethnicity, Theory, and Tradition: A Response», en A. Gillett (hrsg.), *On barbarian identity: critical approaches to ethnicity in the early Middle Ages*, Turnhout, 2002, p. 221.

5. Intentos de reconstruir datos históricos de la tradición, discusiones sobre la relación entre los dorios y la caída de los reinos micénicos y precoz definición del *ethnos* dorio: D. MUSTI (a.c.), *Le origini dei Greci. Dori e mondo egeo*, Roma-Bari, 1985; J. VANSCHOONWINKEL, *L'Égée et la Méditerranée orientale à la fin du deuxième millénaire. Temoignages archéologiques et sources écrites*, Louvain-la-Neuve - Providence, 1991; P. CARTLEDGE, «Early Lakedaimon: The Making of a Conquest State», en J.M. Sanders (ed.), *Philolakon: Lakonian Studies in Honour of Hector Catling*, London, 1992, pp. 49-55; I. MALKIN, *Myth and Territory in the Spartan Mediterranean*, Cambridge, 1994, pp. 15-45; B. EDER, *Argolis, Lakonien, Messenien vom Ende der mykenischen Palastzeit bis zur Einwanderung der Dorier*, Wien, 1998; C. FORNIS, *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, 2003, pp. 27-30. Problema de la etnogénesis doria: cf. J. HALL, *Ethnic Identity in Greek Antiquity*. Cambridge, 1997; Id., *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture*, Chicago-London, 2002, pp. 19-24, 82-89; para un origen muy tardío del *ethnos* dorio: C. ULF, «Griechische Ethnogenese versus Wanderungen von Stämmen und Stammstaaten», en Id. (hrsg.), *Wege zur Genese griechischer Identität: die Bedeutung der früharchaischen Zeit*, Berlin, 1996, pp. 240-80.

6. Κ. ΔΗΜΑΚΟΠΟΛΟΥ, «Το μυκηνα κίερ στο Αμυκλα ο: μια ν α προς γρηση», en B. Cavanagh et al. (eds.), *Sparta and Laconia from Prehistory to Premodern*, London, 2009, pp. 95-104. Otros estudiosos creen que, entre los exvotos más recientes del santuario micénico (IIIC Tardío) y los protogeométricos, existe un vacío de alrededor de un siglo (1050-950 a.C.): cf. P. CARTLEDGE, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 BC*, London, 2002<sup>2</sup>, pp. 71-80, 85-86, 92; W.D.E. COULSON, «The Dark Age Pottery of Sparta», *Annual of the British School at Athens* 80, 1985, pp. 29-84; Eder, *Argolis, Lakonien*, cit. n. 5, pp. 89-113.

7. Heródoto VIII 73.1; Eforo *FGrH* 70 F 118; Estrabón VIII 5.5, 7.1; Pausanias V 1.1.

8. Se dice que la saga de Deucalión sea en origen locria (R.L. FOWLER, «Genealogical Thinking, Hesiod's Catalogue, and the Creation of Hellenes», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 44, 1998/9, p. 11; para Deucalión y la Lócride, v. Píndaro, *Olímpica* IX 42-46), pero es cierto que la tradición prevalente hacía

reinar a Deucalión (o sus descendientes) en Tesalia y en Ftía (Hesíodo fr. 6 Merkelbach-West; Hecateo *FGrH* 1 F 14; Helánico *FGrH* 4 F 6); la localización del reino en la Ftíotide está implícita también en Heródoto (I 56.3; cf. Estrabón VIII 7.1; IX 5.6). Quien se inclinaba por un desarrollo tesalio de los hechos ponía en el Otris la llegada de Deucalión tras el diluvio (Helánico *FGrH* 117 = 117a Fowler), y no en el Parnaso, como quería Píndaro.

9. Homero, *Iliada* II 730; Estrabón VIII 3.6; 3.25; IX 5.17; X 1.10; Pausanias IV 2.3; *CIL* III 586.13 = 12306.

10. Para la aplicación a los reyes espartanos de la fórmula augustea de *potestas* y *auctoritas* (*Res gestae* 34), v. G.E.M. de STE. CROIX, *The Origins of the Peloponnesian War*, London, 1972, p. 125; P. CARTLEDGE, *Spartan Reflections*, Los Angeles, 2001, p. 61.

11. Relatos antiguos: Heródoto VI 52. Para un cuadro de las opiniones tradicionales sobre el origen de la diarquía, P. OLIVA, *Sparta and her Social Problems*, Amsterdam-Prague, 1971, pp. 23-28; críticas en P. CARLIER, *La royauté en Grèce avant Alexandre*, Strasbourg, 1984, pp. 306-310 (obra fundamental sobre la realeza en Esparta), según el cual la diarquía podría haber nacido del reinado simultáneo de dos hermanos. Al contrario, P. CARTLEDGE (*Sparta and Lakonia*, cit. n. 6, pp. 89-92) no piensa en un originario reinado conjunto: entre los primeros reyes euripóntidas figuran personajes claramente ficticios y, por lo tanto, la lista real de esta familia es netamente más breve (cf. las genealogías en FORNIS, *Esparta*, cit. n. 5, pp. 323-324).

12. Cf. U. HUTTNER, *Die politische Rolle der Heraklesgestalt im griechischen Herrschertum*, Stuttgart, 1997 («*Historia Einzelschriften*» 112), pp. 48-58. Esto es tanto más importante cuanto más inestable se considera la realeza homérica: defiende el carácter institucional y la transmisión a las generaciones sucesivas H. VAN WEES, *Status Warriors. War, Violence and Society in Homer and History*, Amsterdam, 1992, pp. 281-94.

13. J. HALL, «Sparta, Lakedaimon and the Nature of Perioikic Dependency», en P. Flensted-Jensen (ed.), *Further Studies in the Ancient Greek Polis*, Stuttgart, 2000, pp. 73-89; para la tablilla, V.L. ARAVANTINOS, L. GODART, A. SACCONI, *Thèbes. Fouilles de la Cadmée I: Les tablettes en linéaire B de la Odos Pelopidou*, Pisa-Roma, 2001, pp. 214-215 y comentario en Fq 229.4; pero cf. HALL, cit. *supra* en esta n., pp. 85-86.

14. *Menelaion*: C.M. ANTONACCIO, *An Archaeology of the Ancestors: Tomb Cult and Hero Cult in Early Greece*, Lanham MD, 1995, pp. 155-166; *Archaeological Reports* 52, 2006, p. 37.

15. Ortia: D. ZINK KAASGAARD FALB, «Das Artemis Orthia-Heiligtum in Sparta im 7. und 6. Jh. v. Chr.», en T. Fischer-Hansen, B. Poulsen (eds.), *From Artemis to Diana: the goddess of man and beast*, Copenhagen, 2009, pp. 127-152. Agamenón y Casandra: G. SALAPATA, «Myth into Cult: Alexandra/Kassandra in Lakonia», en V.B. Gorman, E. Robinson (eds.), *Oikistes: Studies in Constitution, Colonies, and Military Power in the Ancient World Offered in Honor of A.J. Graham*, Leiden, 2002, pp. 131-159.

16. N. KENNEL, N. LURAGHI, «Laconia and Messenia», en K.A. Raaflaub, H. van Wees (eds.), *A Companion to Archaic Greece*, Malden, Ma.-Oxford-Chichester 2009, p. 239. Para las excavaciones inglesas, v. al menos R.M. DAWKINS *et alii*, *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta. Excavated and described by members of the British School at Athens 1906-1910*, London, 1929, y para el problema histórico del arte lacónico arcaico, R. FÖRTSCH, *Kunstverwendung und Kunstlegitimation im archaischen und frühklassischen Sparta*, Mainz, 2001.

17. Sobre Licurgo, v. M. NAFISSI, «Lycurgus», en A. Powell, *A Companion to Sparta*, Blackwell Companions to the Ancient World, en prensa.

18. Para los detalles, v. M. NAFISSI, «The great *rhetra* (Plut. *Lyc.* 6): A retrospective and intentional construct?», en Foxhall, Gehrke, Luraghi, *Intentional History*, cit. n. 1, pp. 89-119.

19. Ambas afirmaciones no representan la opinión corriente sobre la gran *rhetra*, pero para ellas cf. NAFISSI, «The great *rhetra*», cit. n. 18.

20. E. DAVID, *Old Age in Sparta*, Amsterdam, 1991, pp. 15-36; FORNIS, *Esparta*, cit. n. 5, pp. 42-44; F. SCHULZ, *Die homerischen Räte und die spartanische Gerusie*, Düsseldorf, 2011.

21. S. HODKINSON, «An Agonistic Culture? Athletic Competition in Archaic and Classical Spartan Society», en S. Hodkinson, A. Powell (eds.), *Sparta. New Perspectives*, London, 1999, pp. 147-187; Chr. Mann, *Athlet und Polis im archaischen und frühklassischen Griechenland*, Göttingen, 2001, pp. 121-163.

22. V. *supra* n. 16.

23. S. HODKINSON, *Property and Wealth in Classical Sparta*, London, 2000, pp. 190-199.

24. FORNIS, *Esparta*, cit. n. 5, pp. 272-282; J. Ducat, *Spartan Education. Youth and Society in the Classical Period*, Swansea, 2006.

25. Sobre la riqueza en Esparta, HODKINSON, *Property and Wealth*, cit. n. 23, esp. pp. 151-186, 199-201.

26. R.W.V. CATLING, «The Survey Area from the Early Iron Age to the Classical Period (c. 1050 - c. 300 BC)», en W. Cavanagh *et alii*, *Continuity and Change in a Greek Rural Landscape: the Laconia Survey I*, *ABSA* Supp. 26, London, 2002, esp. pp. 157-174, 235-238, 250; cf. S. Hodkinson, «Spartiates, Helots and the Direction of the Agrarian Economy: towards an Understanding of Helotage in Comparative Perspective», en N. Luraghi, S.E. Alcock (eds.), *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia: Histories, Ideologies, Structures*, Washington D.C., 2003, pp. 259-260.

27. HODKINSON, *Property and Wealth*, cit. n. 23, pp. 133-135.

28. La reciente discusión sobre los hilotas ha sido animada por la toma de posición de N. Luraghi, que ha negado el origen militar de esta forma de esclavitud. V. sobre todo N. Luraghi, «Helotic Slavery Reconsidered», en A. Powell, S. Hodkinson (eds.), *Sparta: Beyond the Mirage*, London-Swansea, 2002, pp. 229-250, esp. pp. 233-238. Para el debate sucesivo, v. H. VAN WEES, «Conquerors and Serfs: Wars of Conquest and Forced Labour in Archaic Greece», en Luraghi, Alcock, *Helots and Their Masters*, cit. n. 26, pp. 33-80; HODKINSON, «Spartiates, Helots...», cit. n. 26, pp. 262-263; S. LINK, «Snatching and Keeping. The Motif of Taking in Spartan Culture», en Th. Figueira (ed.), *Spartan Society*, Swansea 2004, pp. 1-24, y el balance de N. KENNEL, *The Spartans. A new history*, Malden, Ma.-Oxford-Chichester, 2010, pp. 79-88.

29. Sobre los éforos, v. N. RICHER, *Les éphores. Études sur l'histoire et sur l'image de Sparte (VIIIe-IIIe siècles av. J-Chr.)*, Paris, 1998; S. SOMMER, *Das Ephorat: Garant des spartanischen Kosmos*, St. Katharinen, 2001; A. LUTHER, *Könige und Ephoren. Untersuchungen zur spartanischen Verfassungsgeschichte*, Frankfurt a. M., 2004. Un eficaz resumen de las opiniones generales en FORNIS, *Esparta*, cit. n. 5, pp. 45-48. Las teorías modernas sobre un remoto origen de los éforos como magistratura de poder más moderno encuentran escaso apoyo en las fuentes y no explican el nombre de estos magistrados.

30. M. NAFISSI, *Pausania, il vincitore di Platea*, en C. Bearzot, F. Landucci (a.c.), *Contro le leggi 'immutabili'. Gli Spartani fra tradizione e innovazione*, Milano, 2004, pp. 53-90.

31. V. *supra* nn. 14, 15 y 16. Sobre el *Menelaion* en la Edad del Bronce, H.W. CATLING, *Sparta: Menelaion I. The Bronze Age*, BSA Suppl. vol. 45, London, 2009. Para la investigación en el *Amyklaion*, reanudada en 2005 y conducida hoy por un equipo griego dirigido por A. Delivorrias, v. <<http://amykles-research-project.wikidot.com/>>.

32. V. sobre todo S. RAFTOPOULOU, «New finds from Sparta», en W.G. Cavanagh, S.E.C. Walker (eds.), *Sparta in Laconia. Proceedings of the 19th British Museum Classical Colloquium*, London, 1998, pp. 125-140; E. ZAVVOU, A. THEMOS, «Sparta from prehistoric to early christian times: observations from the excavations of 1994-2005», en W.G. Cavanagh, C. Gallou, M. Georgiadis (eds.), *Sparta and Laconia: From Prehistory to Pre-modern. Proceedings of the Conference held in Sparta, 17-20 March 2005*, London, 2009, pp. 105-22.

33. W. CAVANAGH *et alii*, *Continuity and Change in a Greek Rural Landscape: the Laconia Survey I-II*, *ABSA* Supp. voll. 26-27, London, 1996-2002.

34. V. respectivamente E. VISSER, *Homers Katalog der Schiffe*, Stuttgart-Leipzig, 1997 y J. LATACZ (hrsg.), *Homers Ilias: Gesamtkommentar*, II. 2. *Gesang, 2: Kommentar* (von C. Brügger, M. Stoevesandt und E. Visser), München-Leipzig, 2003, p. 153. Naturalmente la cuestión del *Catálogo de las naves* y su presunto origen micénico ha sido retomada en el vivaz *Troja-Debate* que ha interesado a las ciencias de la Antigüedad alemanas: a este propósito se puede leer con beneficio F. KOLB, *Tatort "Troia". Geschichte, Mythen, Politik*, Paderborn, 2010, pp. 55-66.

35. A.P. CHAPIN, L.A. HITCHCOCK, «Homer and Laconian Topography: this is what the book says, and this is what the land tells us», en S.P. Morris, R. Laffineur (eds.), *Epos. Reconsidering Greek Epic and Aegean Bronze Age Archaeology. Proceedings 11th International Aegean Conference*, Los Angeles 2006, Liège-Austin, 2007, pp. 255-262.

36. E. KOURINOU, *Σπάρτη· Συμβολή στη μνημειακή τοπογραφία της*, Athina, 2000, pp. 51-62.

37. N.M. KENNEL, *The Gymnasium of Virtue. Education and Culture in Ancient Sparta*, Chapel Hill-London, 1995, pp. 162-169.

38. En general, Hesiquio *s.v.* οὐαί, ὠάς, ὠβαί, ὠβάτας, ὠγή, cf. οἰατᾶν. Además, Pitana es δῆμος en Heródoto III 55; πόλις en Eurípides, *Trojanas* 1113 y escolio a Píndaro, *Olímpica* VI 46; κόμη en el escolio a Tucídides I 20; Hesiquio *s.v.* Πιτανάτης στρατός, Id. (y Focio) *s.v.* Κυν σουρα y Esteban de Bizancio *s.v.* Μεσσοά adoptan φυλή; usan τόπος Esteban de Bizancio y Suida *s.v.* Μεσσοά.

39. V. EHRENBURG, «obai», en *RE* XVII 2, 1937, col. 1695.

40. Fundamentales para su construcción son L. PARETI, «Le tribù personali e le tribù locali a Sparta», *Rendiconti dell'Accademia dei Lincei* 19, 1910, pp. 455-473 (= *Studi minori di Storia antica I*, Roma, 1958, pp. 77-92); Id., *Storia di Sparta arcaica, I, Dalle origini alla conquista spartana della Messenia*, Firenze, 1917, pp. 173-187; EHRENBURG, «Obai», cit. n. 39, esp. coll. 1694-1696; H.T. WADE-GERY, «The Spartan Rhetra in Plutarch, *Lycurgus* VI. C. What is the Rhetra?», *Classical Quarterly* 38, 1944, pp. 115-126 (esp. para el ejército obal). Cf. OLIVA, *Sparta and her Social Problems*, cit. n. 11, pp. 78-87; N.F. JONES, *Public Organization in Ancient Greece*, Philadelphia, 1987, pp. 118-123. Para la conquista e integración de

Amiclas en la *polis*, v. p. ej. CARTLEDGE, *Sparta and Lakonia*, cit. n. 6, pp. 89-93, FORNIS, *Esparta*, cit. n. 5, pp. 30 y 32, E. LÉVY, *Sparte. Histoire politique et sociale jusqu'à la conquête romaine*, Paris, 2003, p. 16-17, K.-W. WELWEI, *Sparta. Aufstieg und Niedergang einer antiken Großmacht*, Stuttgart, 2004, p. 28.

41. Para una explicación de esta anómala reconstrucción, cf. NAFISSI, «Sparta», cit. n. 1, pp. 119-120.

42. Kennell, *Gymnasium*, cit. n. 37, pp. 40-41.

43. J. DUCAT, «Un rituel samien», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 119, 1995, pp. 347-358 (según el cual el *aition* narrado por Pausanias presupone la última fase de evolución de un ritual que tiene de hecho tres estadios); KENNEL, *The Gymnasium of Virtue*, cit. n. 37, pp. 70-83, 149-161; A. PARADISO, «Ravir des fromages à l'autel d'Orthia?», *Ktêma* 32, 2007, pp. 311-325; DUCAT, *Spartan Education*, cit. n. 26, pp. 249-260.

44. W.G. FORREST, *A History of Sparta*, London, 1968, pp. 42-43; LUPI, «Amompharetos», cit. n. 1, pp. 200-207.

45. A.J. BEATTIE, «An Early Laconian Lex sacra», *Classical Quarterly* 1, 1951, pp. 46-58; Beattie (pp. 49-50) proponía asociar esta oba al héroe Argalos, hijo de Amiclas, mencionado por Pausanias III 1.3 en las genealogías espartanas (cf. VII 18.5).

46. W. CAVANAGH *et alii*, *Continuity and Change*, cit. n. 26, pp. 355-358.

47. Poco cuenta que él no trata de ninguno de ellos en su obra, M. MOGGI, «Συνοικίσειν in Tucídide», *Annali della Scuola Normale di Pisa* 5, 1975, pp. 915-924. Para Mantinea, v. N.H. DEMAND, *Urban Relocation in Archaic and Classical Greece*, Bristol 1990, pp. 68-70.

48. RAFTOPOULOU, «New finds», cit. n. 32, pp. 136-137.

49. M.H. HANSEN, «Kome. A Study in how the Greeks Designated and Classified Settlements which were not Poleis», en M.H. Hansen, K. Raaflaub (eds.), *Studies in the Ancient Greek Polis*, («Historia Einzelschriften» 95), Stuttgart, 1995, pp. 54-55: cf. FORREST, *History*, cit. n. 44, p. 43.

50. Cf. P. CARTLEDGE, «City and *chora* in Sparta: Archaic to Hellenistic», en W.G. Cavanagh, S.E.C. Walker (eds.), *Sparta in Laconia: the Archaeology of a City and Its Countryside*, London, 1998, pp. 40-44 (ahora en CARTLEDGE, *Spartan Reflections*, cit. n. 10, pp. 9-20). No me parece aportar nuevos elementos significativos a la discusión la contribución de J.D. CEPEDA RUIZ, «La ciudad sin muros: Esparta durante los períodos arcaico y clásico», *Antigüedad y Cristianismo* 23, 2006, pp. 939-951. Las palabras de Plutarco (*Licurgo* 19.12): «Una ciudad está bien fortificada cuando está guarnecida por hombres y no por piedras» son una cita obligada.

51. *Aphetais*: Pausania III 12.1-9. KOURINOU, Σπάρτη, cit. n. 36, pp. 131-139. *Hyakinthis*: Demetrio de Escepsis, en Ateneo IV 173-174.

52. Como emerge de la constante participación de los amicleos en los ritos de Apolo Jacintio: Jenofonte, *Helénicas* IV 5.11.

## Figuras

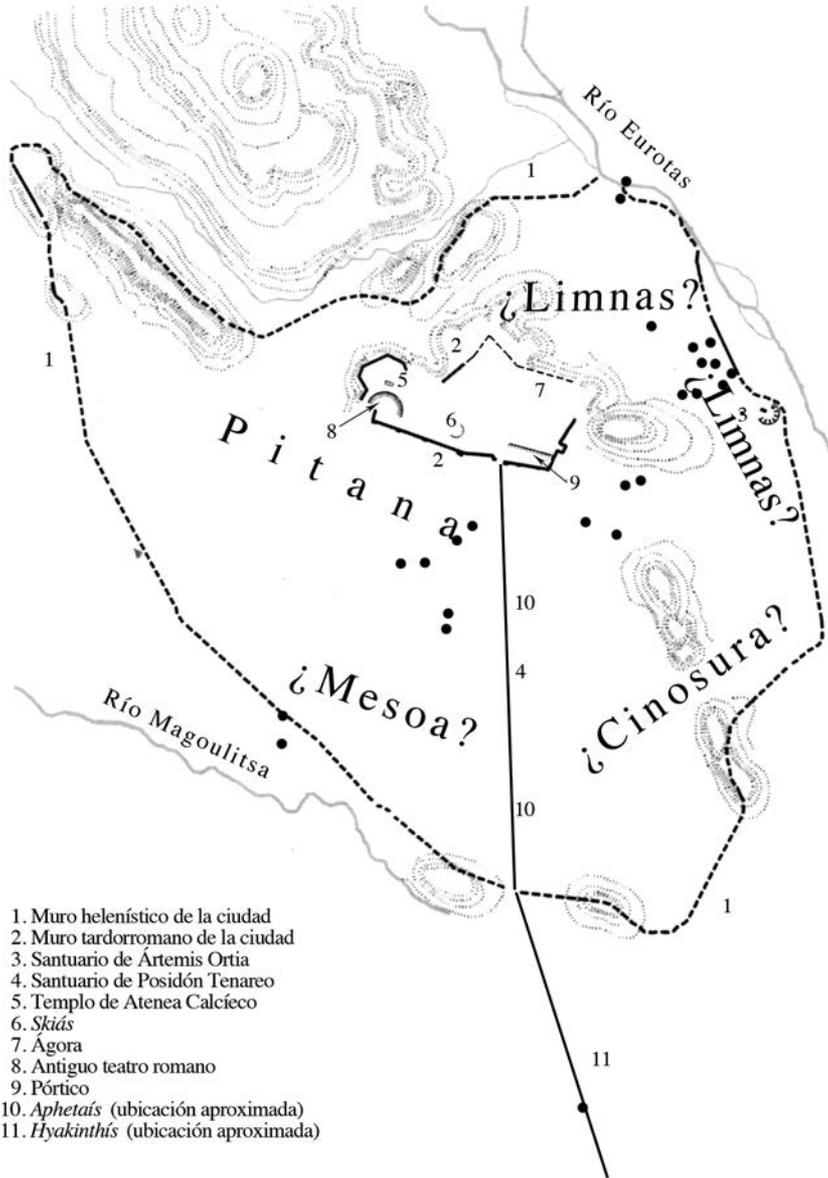


Fig. 1. Esparta y el valle medio del Eurotas  
(elaboración del autor a partir de Hodkinson, cit. n. 22, fig. 3).



Fig. 2. Esparta: hallazgos de época protogeométrica y geométrica (elaboración del autor a partir de Zavvou-Themos, cit. n. 31, fig. 11.10, y Kennell, cit. n. 27, mapa 1).

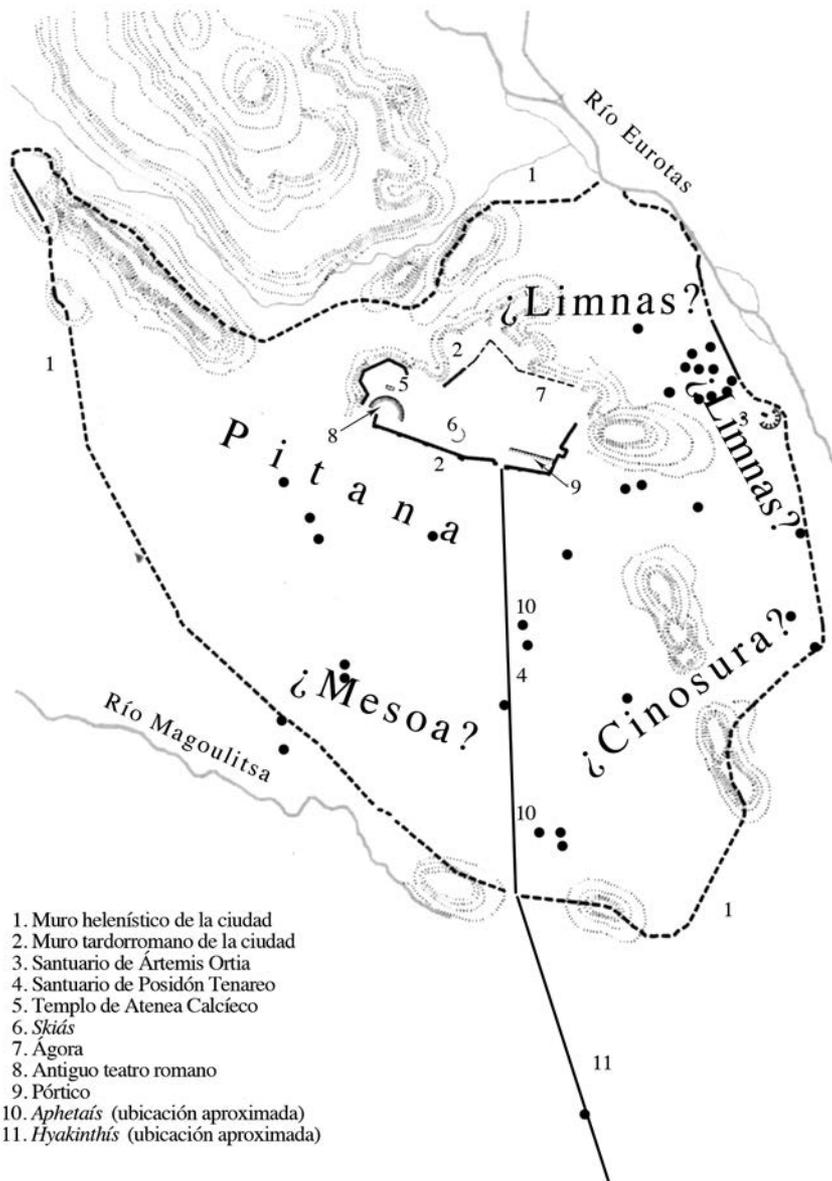


Fig. 3. Esparta: hallazgos de época arcaica y clásica (elaboración del autor a partir de Zavvou-Themos, cit. n. 31, fig. 11.10, y Kennell, cit. n. 27, mapa 1).

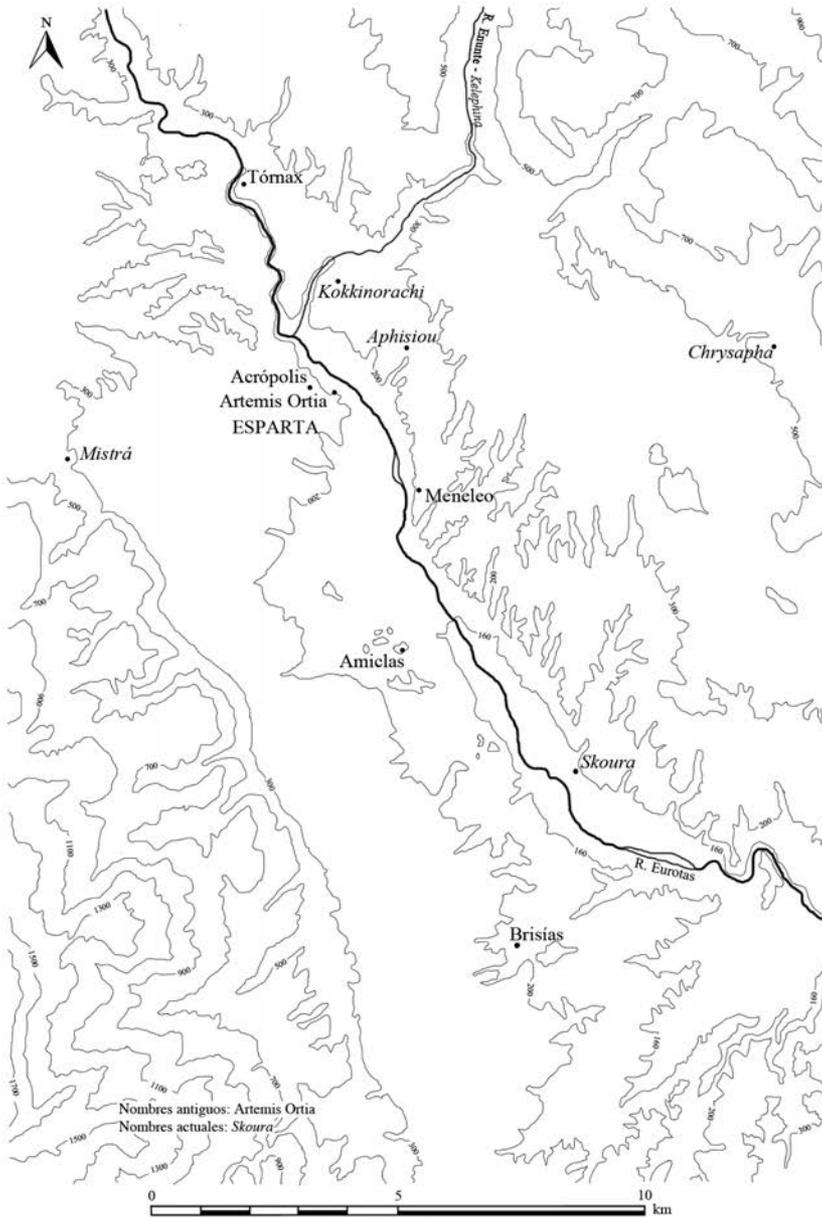


Fig. 4. Esparta: hallazgos de época helenística  
 (elaboración del autor a partir de Zavvou-Themos, cit. n. 31,  
 fig. 11.10 y Kennell, cit. n. 27, mapa 1).



# — TEBAS —

José Pascual. *Universidad Autónoma de Madrid*

Hace unos mil ochocientos años cuando, hacia el siglo II de nuestra Era, el viajero Pausanias visitó la Tebas de su tiempo, evocó en uno de sus pasajes la impresión, ciertamente decepcionante, que le causó una ciudad que fuera, unos siglos atrás, una de las más espléndidas y destacadas de Grecia. Y así, los tebanos se hallaban entonces reducidos a la mayor pobreza, vivían confinados en lo que anteriormente había sido la acrópolis, la ciudad alta, que era llamada Tebas y no Cadmea como en el pasado, y, salvo los santuarios, todo lo que fuera en otra época la ciudad baja estaba desierta (Pausanias IX 7.6).

Una mejor sensación podría llevarse cualquier curioso que hoy en día se acercara a la ciudad por la que dieciocho centurias antes transitara Pausanias. Hallaría un sitio de tamaño medio para la Grecia actual, de unos veinticinco mil habitantes, que, si bien se concentran sobre todo en la Cadmea, se extienden hacia el norte y sur por algunos suburbios o *proasteia* bastante inconexos, entremezclados de casas, campos, almacenes y talleres. Sin embargo, nuestro moderno visitante encontraría muy pocos vestigios de la antigua grandeza de la ciudad. A los desastres pretéritos, por ejemplo Alejandro la arrasó casi completamente en 335 a.C., hay que sumar los siglos de habitación continuada, que han ido recubriendo, reutilizando y erosionando los estratos más antiguos. En este sentido, son las construcciones bizantinas y las edificaciones modernas las que principalmente han destruido o hecho inaccesibles casi toda la ciudad antigua.

Afortunadamente, esta ciudad que se presenta hoy ante nuestros ojos no sólo fue famosa por su poder político o sus monumentos, sino que una parte no pequeña de su renombre procedía del hecho de que fue el escenario de toda una serie de ciclos de legendarios que se catalogaban entre los más importantes del mundo griego. Aparte de otros muchos que la ciudad

albergó, podemos agrupar los mitos tebanos en cinco principales: dos diferentes relatos sobre la fundación de la ciudad, algo verdaderamente inusual en la Hélade; el celeberrimo ciclo de Edipo y de la dinastía real tebana y otros dos mitos relativos al nacimiento de héroes y dioses, nada menos que de Heracles y de Dioniso.

Por su importancia para nuestra exposición, en la medida en que estos mitos van a encontrar su reflejo en el espacio urbano y formaron parte indisoluble de la identidad tebana, vienen resumidos aquí brevemente.

De acuerdo con la tradición (Apolodoro III 1.1; Ovidio, *Metamorfosis* III 1-137; IV 563-603; Higino, *Fábulas* 178), Agenor, el rey de Sidón, envió a su hijo Cadmo en busca de Europa, la hija del monarca, que había sido raptada por Zeus, conminándole a que no regresara sin ella. Después de buscarla en vano, Cadmo decidió establecerse lejos de su patria y consultó al oráculo de Delfos para conocer el lugar exacto donde habría de vivir. La Pitia le respondió que siguiera a un buey que aún no había sido uncido y allí donde, cansado, se detuviera para apacentarse, fundara una ciudad. El buey vino a detenerse en el paraje, cubierto de vegetación, donde se alzaría la ciudad de Tebas, «pues aún no habitaba ninguno de los mortales en la sacra Tebas, ni había aún sendas ni caminos en la llanura feraz de trigo de Tebas» (*Himno a Apolo* 226-228), dando así también el nombre de Beocia (del griego *bous*, buey) a toda la comarca. Junto a dicho lugar se extendía un bosque consagrado a Ares. Allí manaba una fuente en el fondo de una cueva cuya entrada era defendida por un dragón de aspecto terrible. Todo su cuerpo estaba cubierto de amarillentas escamas y de sus fauces asomaban una triple hilera de amenazantes dientes. Después de que el dragón matara a todos sus compañeros, Cadmo, a su vez, acabó con esta criatura. Por consejo de Atenea, que bajó del Olimpo para ayudar a Cadmo, el héroe aró la tierra, sembró los dientes de la bestia y de ellos nacieron, tres días después, cinco guerreros, los Espartos (o «sembrados»), que ayudaron a Cadmo a fundar la ciudad, la Cadmea, tal y como el oráculo délfico le encomendara, que sería, andando el tiempo, la futura acrópolis de Tebas. Cadmo introdujo también la escritura en Grecia (Herodoto V 58) y se casó con Harmonía, hija de Afrodita y Ares, a cuya boda acudieron todos los dioses. Entre los hijos de Cadmo se contaron Semele, de la que nació Dioniso; Ino, una de las diosas marinas, de las Nereidas; Ágave que procreó a Penteo, quien sería desgarrado por oponerse a los ritos dionisiacos, y Polidoro, cuyo hijo Lábdaco dio su nombre a la dinastía real tebana, que era conocida como de los Labdácidas.

La tradición tebana preservó también otro importante mito sobre la fundación de la ciudad (*cf.* Apolodoro III 5.5). En él dos gemelos, Anfión y Zeto, hijos de Zeus y Antíope, cuñada de Polidoro e hija a su vez del río Asopo, un cauce situado al sur de Tebas, amurallaron la ciudad dotándola

de las famosas siete puertas que habrían de convertirse en el epíteto épico de la ciudad: «fueron Anfión y Zeto, fundadores primeros de Tebas, la de siete puertas, a la cual torrearon, pues era imposible, sin torres, habitar tal llanura» (*Odisea* XI 263-265). El muro se construyó al sonido de la flauta de Anfión (*Odisea* XXVI 3-5; Eurípides, *Fenicias* 115-116, 823-825), un instrumento que habría de dar también justa fama a la ciudad. La esposa de Zeto, Teba, dio nombre a la ciudad.

Nada menos que ocho tragedias atenienses entre las conservadas están dedicadas a la dinastía real de Tebas, un ciclo legendario al que pertenece, por poner un ejemplo, el conocido relato del acertijo de la Esfinge, y que habría de adquirir ya en la antigüedad una dimensión ecuménica. En el mito, Layo, hijo de Lábdaco, se casó con Yocasta, matrimonio del que nació Edipo. Como un oráculo había augurado que su hijo le mataría, Layo ordenó que se le diera muerte. Sin embargo, Edipo sobrevivió y mató a Layo en el camino de Delfos, desconociendo que era su padre. Luego llegó a Tebas, liberó a la ciudad de la Esfinge y se casó con Yocasta, convirtiéndose así, sin saberlo, en el esposo incestuoso de su madre, con la que tuvo además descendencia. Cuando se supo la verdad, Edipo se arrancó los ojos con sus propias manos y se exilió de Tebas. Yocasta se suicidó.

Edipo tuvo dos hijos, Eteocles y Polinices, y dos hijas, Antígona e Ismene. Eteocles y Polinices, se enfrentaron por el trono. Polinices se retiró a Argos y convenció a su rey, Adrasto, para que le ayudara a organizar una expedición contra Tebas que estuvo mandada por siete famosos jefes. Ambos hermanos se dieron muerte el uno al otro en un combate singular sobre las propias murallas de Tebas pero los Siete no lograron tomar la ciudad. Tras ello, Creonte, el hermano de Yocasta, ascendió al poder como regente del rey Laomedonte, el hijo de Eteocles. Creonte prohibió que se enterrara el cadáver de Polinices, ya que había atacado a su propia patria, y dio muerte a Antígona por transgredir esta prohibición. Por último, una segunda expedición contra Tebas, liderada por los llamados Epígonos, los hijos de los Siete, tuvo éxito y arrasó la ciudad. El rey Laomedonte murió como resultado de esta expedición y subió al trono entonces Tersandro, el hijo de Polinices.

Como todo griego sabía, Heracles, el gran héroe, nació en Tebas, hijo de Zeus y Alcmena. Para seducir a Alcmena, la madre del héroe, Zeus se hizo pasar por su esposo Anfitrión, en una noche que hizo durar setenta y dos horas. Tebas no sólo fue el lugar de nacimiento de Heracles sino que, además de los doce trabajos célebres, el llamado ciclo argivo, existe también un ciclo tebano de sus hazañas al que pertenecen el estrangulamiento de las serpientes enviadas por Hera cuando el héroe estaba en su cuna, la victoria contra el mítico rey de Orcómeno, Ergino, que había derrotado anteriormente a Tebas y la había sometido a un duro tributo (*Apolodoro* II 4.11;

Diodoro IV 10; Eurípides, *Bacantes* 220), y el combate contra el héroe tesalio Cicno, objeto de un poema de época arcaica que denominamos *El Escudo de Heracles*.

Finalmente, Sémele, la hija de Cadmo y de Harmonía, había sido seducida por Zeus y, estando encinta, Hera se acercó a ella disfrazada de su nodriza y sembró las dudas sobre la paternidad de su hijo. En consecuencia, Sémele rogó a Zeus que, cuando viniera a verla, apareciera con todo su poder. Aunque el dios le rogó que no se lo pidiera, accedió finalmente a sus súplicas y, cuando se presentó en el palacio de Cadmo, sus rayos incendiaron la mansión y redujeron a Sémele a cenizas. Zeus pudo rescatar de entre el fuego al hijo de Sémele que tuvo por nombre Dioniso (Ovidio, *Metamorfosis* III 256, 308-356; Higino, *Fábulas* 179; Apolodoro III 4.3).

Estos ciclos míticos tan extraordinarios vienen a destacar, como prueban la historia y la arqueología, la relevancia capital que tuvo la ciudad de Tebas en el conjunto de la historia de la Grecia antigua. Dicho de una manera sencilla, tras Atenas, Tebas fue la ciudad más grande de toda Grecia continental y rivalizó en poder con los propios espartanos y atenienses.

La gloria de Tebas se vio favorecida por su localización ventajosa a horcajadas de dos llanuras, en una de las zonas más fértiles de toda Grecia continental. En efecto, la famosa cordillera del Helicón, hogar de las Musas que cantara Hesíodo y que domina todo el poniente beocio, se resuelve a su entrada en el sur de la región en una serie de colinas bajas que recorren el meridión beocio en torno a la curva de nivel de 200 metros de altitud hasta la cadena del monte *Soros*, el antiguo Teumeso, ya en los confines que se separaban el territorio tebano, la Tebaida, del de Tanagra (fig. 1).



Fig. 1. Beocia y Tebas.

Esta hilera de colinas separa la llanura aonia, que queda al norte, de la cubeta del río Asopo al sur, hacia *Tachi*, la antigua Potnias, y de la llanura tenérica, que se extiende, esta última, a unos siete kilómetros al oeste de Tebas en dirección al santuario de los Cabiros, unas deidades ctónicas. La planicie aonia es completamente llana y una de las más feraces de toda Grecia y la cubeta del Asopo y la llanura tenérica, aunque más onduladas, son también fértiles (fig. 2a).

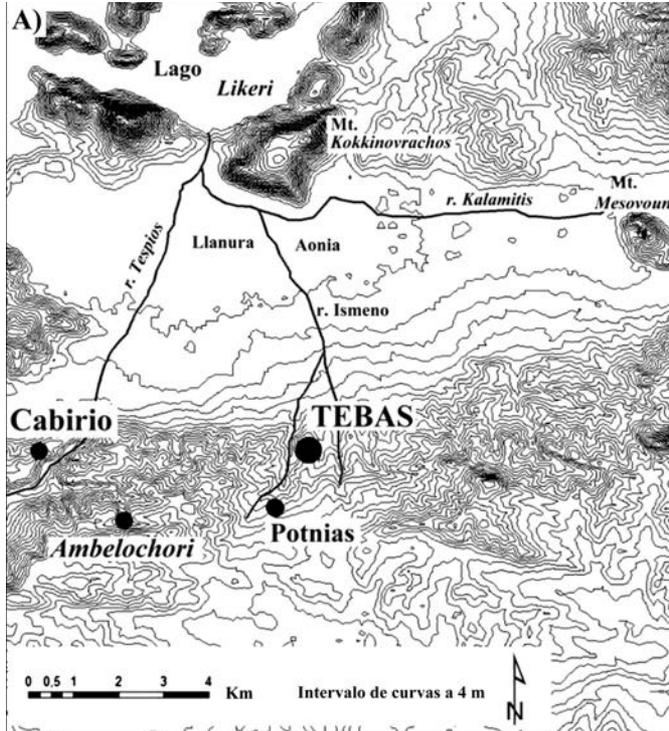


Fig. 2a: La localización de Tebas.

Justo en el centro de esta línea de altozanos, una colina, que posee una forma similar a una pera, de unos 800 m de largo por 400 m de ancho, es la Cadmea, la acrópolis de la ciudad. En torno de ella se dispone un paisaje salpicado de alcores, llano al norte y oeste, más elevado al sur y bastante abrupto en su parte oriental. Así, inmediatamente al norte de la Cadmea, se sitúa la colina del Anfión y al noreste se alzan otras dos, *Megalo Kastelli*, al sur, y *Mikro Kastelli*, al norte. La ruta hacia Calcis pasaba entre ambas. A unos 200 m al sureste de la Cadmea un pequeño cerro forma el Ismenio, el lugar del gran santuario de Apolo de la ciudad. Será precisamente en la Cadmea y en las colinas y llanos de la zona septentrional que se extiende a los pies de la Cadmea, donde se asiente la ciudad. De hecho, hoy en día este



llano está poblado de una manera similar a como debió ser probablemente en la antigüedad y alberga los suburbios de *Pyri*, al noroeste, y de *Palaios* y *Neos Synoikismos* al noreste. Al oriente de este último, pasado el antiguo río Ismeno, se localiza otro suburbio moderno, que estuvo también habitado en la antigüedad, y que lleva por nombre *Ayios Theodoros*. El área al sur de la Cadmea no parece haber estado ocupada en la antigüedad salvo por algunos santuarios y cementerios. Aquí, en una zona colinosa que oculta la visión del río Asopo, destaca otra pequeña elevación que se llama *Kolonaki* (fig. 2b).

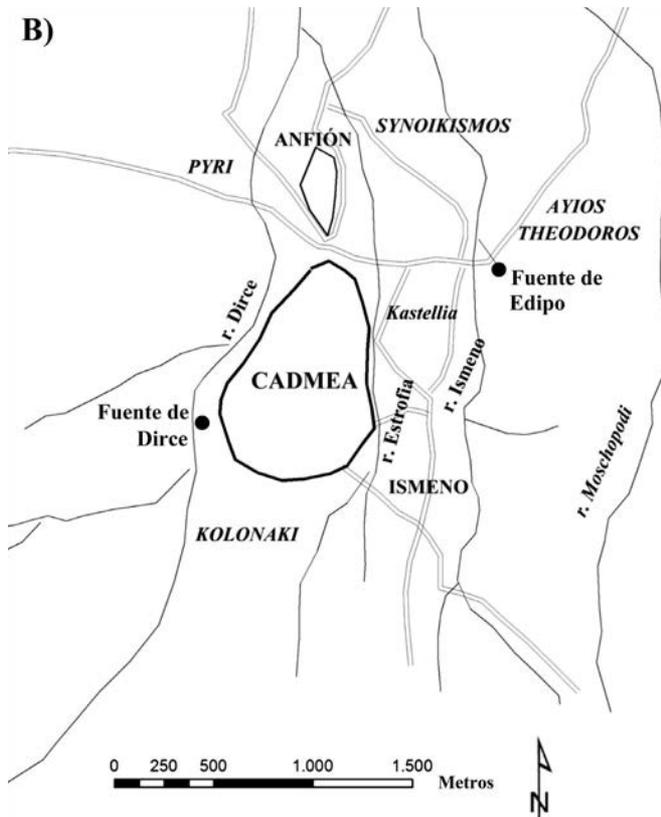


Fig. 2b. La localización de Tebas: detalle.

La razón para el asentamiento humano en Tebas no fue otra que el control estratégico, visual y económico de las grandes llanuras beocias que hemos enumerado. Una serie de arroyos y manantiales en torno a la Cadmea aportaban también agua abundante. Tres corrientes principales atravesaban la ciudad. Al oeste de la acrópolis fluía el río Dirce, hoy *Ayianni*, y al este corrían el Estrofia, actual *Chrysorroas*, y algo más allá el Ismeno, el moderno *Platiokissa*. Finalmente, pasado el río Ismeno, a 1,5 km de la Cadmea,

fuera de lo que sería la ciudad antigua, discurre el río *Moschopodi*. Los tres primeros ríos se unen al norte, inmediatamente después de pasar la Cadmea y el cauce del Estrofia marcaba un profundo surco en la topografía de la ciudad que era conocido como el *koile hodós* (el «hueco» o la «concauidad»). A estas corrientes se sumaban varios manantiales que alcanzaron fama ya en la antigüedad como el de Edipo, que se localizaba al noreste de la Cadmea, en el límite del actual suburbio de *Ayios Theodoros* o la fuente de Dirce, hoy en día *Paraporti*, que surgía en el suroeste, a unos 300 m de la Cadmea, cerca del río homónimo y de las míticas puertas Creneas. Como la ciudad nunca tuvo un trazado regular, su topografía condicionó en grado sumo el poblamiento y la expansión del tejido urbano (fig. 3).



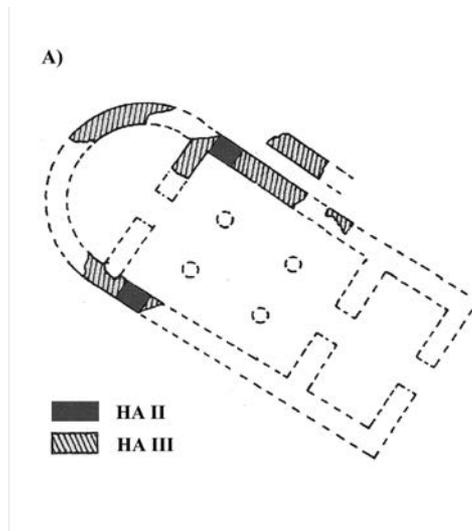
Fig. 3. La Cadmea (1) desde el santuario de Apolo Ismenio con el cauce del río Estrofia (2) y la zona del Heracleo arcaico (3).

Como hemos ya apuntado, en nuestros días no queda en pie ningún edificio monumental de la ciudad antigua y, para nuestra desgracia, al encontrarse la ciudad moderna superpuesta, el conocimiento de la Tebas antigua presenta problemas formidables, de manera que estamos constreñidos únicamente a las pocas noticias que figuran en las fuentes y a las excavaciones, muchas de ellas de urgencia, pero todas de limitada extensión, que son difíciles de insertar. He aquí la principal cuestión, en una imagen global.

En el estado actual de nuestros conocimientos, el primer asentamiento humano en el área de Tebas se data en el Neolítico Final, en el IV milenio, y se encontraba no en la Cadmea, sino en el actual suburbio de *Pyri*,

donde se han exhumado algunas casas y tumbas que han desvelado cerámica de este período y que dejan entrever un crecimiento demográfico paulatino entre el Neolítico Final y el comienzo de la Edad del Bronce, así como contactos con Eubea y las Cícladas.

El primer poblamiento de la Cadmea tuvo lugar a lo largo del Heládico Antiguo (2600-2000), que abreviaremos como HA. De hecho, el asentamiento de las primeras fases del HA (HA I y HA II, entre 2600 y 2200) se apoya directamente sobre tierra virgen. De esta etapa conocemos varias tumbas y casas, dispuestas en varios puntos de la colina. Las casas son habitualmente rectangulares, absidales o circulares. Incluso se ha podido llegar a establecer una evolución: al principio del período tenemos casas rectangulares con corredor y al final contamos con algunas absidales. Así, en la calle Edipo, en la parte sur de la Cadmea, las casas del HA muestran dos distintas fases constructivas. También en la calle Epaminondas se han excavado los restos de dos hogares semicirculares sucesivos. De entre estas casas destacan singularmente dos de planta absidal: la que se excavó justo debajo del Primer palacio micénico, en el centro de la Cadmea (**fig. 4a**), y la que se sacó a la luz al norte, en los terrenos del actual Museo.



**Fig. 4a.** Casa absidal de la calle Edipo (en el Heládico Antiguo).

Se trata de edificios de adobe o tapial elevados sobre un zócalo de piedras. El primero posee 5,5 m de ancho con una habitación principal que mide 7,5 m de largo, mientras que, en los terrenos del Museo, la vivienda comprendía tres estancias, orientadas E-O, con una antecámara de 13 por 6,30 m

y una habitación cuadrangular, que servía como almacén, en la que se disponía una gran tinaja o *pithos*. Una calle pasaba al norte y este de la casa. Podemos suponer que estamos ante edificios destacados que sugieren algún tipo de estratificación social.

Los enterramientos de esta fase son todos en fosa, excepto uno en cista, y parecen haberse dispuesto de una manera dispersa dentro del propio poblado, entremezclados o junto a las viviendas. Se han descubierto también tumbas de cámara con un *dromos* o corredor, que albergaban materiales cicládicos como salseras, píxides, calderos de mármol (*lopades*) y platos (*phialai*). La introducción de nuevas formas a lo largo del HA II como la salsera y la misma presencia de cerámicas cicládicas constituyen una prueba, entre otras, de un aumento de la influencia de las islas en Tebas y también de la difusión, probablemente por obra de los propios cicládicos, de elementos que procedían del Norte del Egeo y del Noroeste de Asia Menor.

En resumen, gracias a los descubrimientos arqueológicos podemos intuir que el poblado del HA I-II ocupaba la práctica totalidad de la Cadmea, lo que comportaría unas 20 hectáreas de extensión. Este poblamiento parece haber sido especialmente denso en el este de la Cadmea. Se trataría, en definitiva, de un poblado bastante extenso, hoy en día el mayor conocido del HA II de toda Grecia central, sólo superado por el asentamiento de *Manika* en Eubea, cerca de Calcis. A esta habitación en la Cadmea hay que sumar también varios sitios más pequeños de la misma época que se han localizado en las colinas vecinas.

El período subsiguiente, HA III (2200-2000), fue muy diferente ya que el final del HA II estuvo marcado por la destrucción del asentamiento anterior. Así, las excavaciones han desvelado un notable nivel de incendios del que se pudo extraer, incluso, una víctima humana. La casa absidal de los terrenos del Museo se utilizó ahora como enterramiento colectivo en túmulo. Todo indica que el poblado del HA III fue bastante más pequeño que su predecesor, restringido a la parte central de la Cadmea, y no parece haber sido fruto de un desarrollo gradual que arrancara desde el HA II, sino que se nos muestra más bien como un repentino y sorprendente cambio tras un apreciable nivel de incendio y destrucción. A pesar de ello, un edificio absidal del HA III, excavado en la calle de Pelópidas, de considerables dimensiones (13 por 6,30 m) y dotado posiblemente de algún almacén, muestra una cierta organización social.

Del mismo modo que el HA III, las primeras centurias del Heládico Medio (HM), un período que globalmente se extiende entre 2000 y 1700, fueron de regresión. No se han encontrado restos de las fortificaciones y las casas se alzaban sobre un zócalo de piedras sin trabajar con suelos de tierra apisonada. En una de ellas se pudo documentar un enlucido en blanco. De estas casas rectangulares mesoheládicas destaca especialmente un edificio justo en el centro de la Cadmea, en la esquina entre las calles de Antígona y de

Píndaro, de 7,5 m de ancho y 18 m de largo, que contaba con un *mégaron* de 5,5 m de ancho, indicio indudable del desarrollo de una incipiente jerarquización social, en la que se hallaron cerámica gris minia y una placa de marfil con decoración incisa en rombos, destinada posiblemente a ir inserta en un pequeño mueble (fig. 4b).

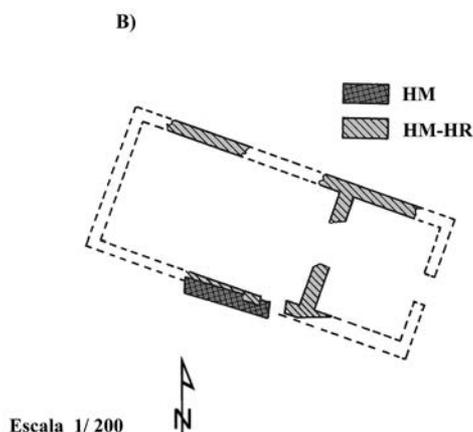


Fig. 4b. *Mégaron* de las calles Antígona y Píndaro (en el Heládico Medio).

La casa fue levantada no mucho antes de finales del HM y se vio destruida a principios del Heládico Reciente. Otra pequeña casa absidal se ha excavado en la calle de Epaminondas. Cuatro enterramientos en cista se exhumaron también en los terrenos del Museo; otra cista, donde se enterró un niño, se localizó también en esta zona norte, en el cruce de las calles de Pelópidas y Tseva. En un caso, como en la calle de Pelópidas, un adulto fue enterrado bajo la casa. A pesar de ello, mientras que el área de poblamiento parece situarse en el centro y sur de la Cadmea, la mayor parte de la necrópolis del HM parece localizarse en la parte oriental de la Cadmea en lo que tiene toda la apariencia de ser un extenso cementerio. En definitiva, el aspecto que nos presenta la Tebas al menos de finales del HM es el de un asentamiento que ha ido recuperándose de la destrucción de finales del HA II y que parece estar de alguna manera bastante organizado en grupos de edificios rectangulares o absidales, cementerios y calles planificadas. A finales del HM, una cuidada tumba en forma de túmulo, construida con grandes lajas de caliza, se alzó en el Anfión. La tumba se relaciona con bastante certeza con el monumento que Pausanias vio en esta zona (IX 17.4-7) y que los antiguos identificaban con el sepulcro de Anfión y Zeto. Manteniendo

naturalmente el escepticismo sobre el nombre concreto de los que descansarían en su interior, estamos, sin duda, ante una tumba principesca. De este modo se puede concluir que, a pesar del comienzo regresivo, parece incuestionable que la situación mejoró al final del HM y que Tebas contaba entonces con un sector guerrero dirigente que tenía acceso a metales preciosos y a armas de calidad.

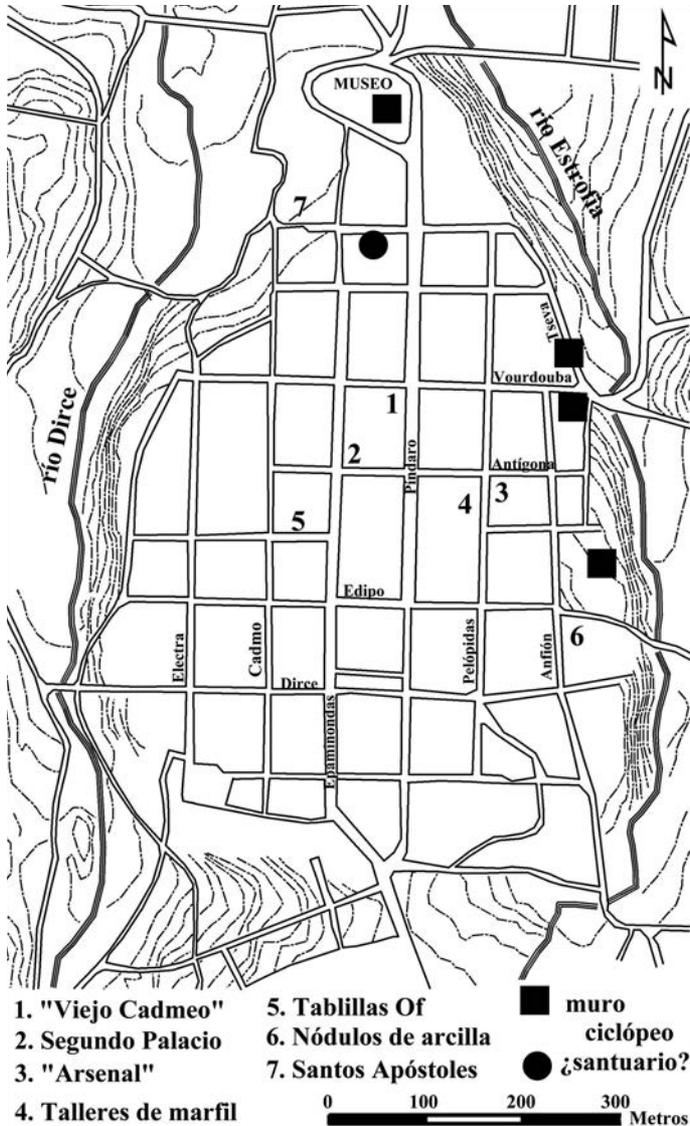


Fig. 5. La Cadmea en época micénica.

Desgraciadamente, el comienzo del Heládico Reciente (HR I y II), en un período que va de 1700 a 1400, es muy mal conocido ya que estos estratos fueron arrasados por las posteriores construcciones micénicas. Parece probable que en este período el núcleo de población se encontrara en el centro y sobre todo en el sur, en la parte más alta de la Cadmea. En todo caso, la prosperidad parece haberse mantenido como parece atestiguar la excelente cerámica doméstica del HR procedente de varias áreas de la Cadmea así como la afluencia de elementos culturales de influencia egea y oriental. A lo largo de esta etapa tuvo lugar también un fortalecimiento de los sectores dirigentes como prueban las tumbas de las colinas vecinas en *Kolonaki* y *Kastellia*, de las que se extrajo el llamado Tesoro de Tebas del Museo Benaki de Atenas, con joyería y anillos de oro, que debían adornar a los príncipes tebanos del período. Asimismo, al final del HM y comienzos del HR, entre 1800 y 1700, en el centro de la Cadmea un guerrero fue enterrado probablemente en un gran túmulo en el que se exhumaron dientes de jabalí, probablemente de su casco, puntas de lanza y de flecha, una espada y un cuchillo. De estos sectores dirigentes mesoheládicos y de comienzos del Heládico Reciente habría de salir, hacia 1400, en el HR III, la dinastía tebana de época micénica.

Efectivamente, hacia 1400, se abre una de las etapas más decisivas e importantes de la historia de la ciudad, que se corresponde con el surgimiento de un Estado palacial en Tebas en la última parte de la Edad del Bronce. Aunque los grandes edificios excavados en el centro de la Cadmea no son suficientes para darnos un plano completo y orgánico, es evidente que estamos ante un gran complejo palacial que se extendía por buena parte de la acrópolis. Partes de este complejo han sido descubiertas al menos en siete áreas diferentes extendidas por casi toda la Cadmea (**fig. 5**).

En primer lugar, la llamada “Casa de Cadmo”, el “Viejo Cadmeo” o el “Primer palacio”, que estaba situado unos metros al norte del centro de la Cadmea, en la confluencia de las actuales calles de Píndaro y Vourdoumba, bajo el actual mercado. Con una orientación S-SO a N-NE, este conjunto comprende, en las partes descubiertas, cuarenta metros de largo por dieciocho de ancho, ocupa unos 700 m<sup>2</sup> y cuenta con diecisiete habitaciones dispuestas a ambos lados de un largo corredor (**fig. 6**).

Podemos suponer que había también más unidades (no excavadas) al norte, este y sur. En realidad es muy probable que su extensión duplicara a la excavada, incluso se ha pensado que se extendería unos 2.400 m<sup>2</sup>, lo que lo haría ciertamente impresionante ya que, por tomar un ejemplo, el complejo palacial de Pilo ocupa 1.500 m<sup>2</sup>. En lo que nos es conocido, el “Viejo Cadmeo” contenía una serie de talleres y de almacenes y en sus estancias es posible intuir también alguna función religiosa. Así, se ha individualizado un

posible taller de orfebrería del que proceden muchas joyas (algunas inacabadas) de oro, lapislázuli, cristal de roca y diferentes piedras semipreciosas. Incluso pudo rescatarse el fresco llamado de “La procesión de las mujeres” de aproximadamente catorce metros de largo, fechado a mediados del siglo XIV, depositado hoy en el Museo Nacional, y que es considerado como uno de los mejores y más tempranos ejemplos de esta técnica pictórica. Este edificio, indudablemente palacial, fue construido en el HR III A1, hacia mediados del siglo XIV, y fue destruido por un violento incendio a mediados del HR III B (c. 1300) que ha sido interpretado como producto de un posible terremoto.



Fig. 6. El “Viejo Cadmeo” o “Primer palacio”.

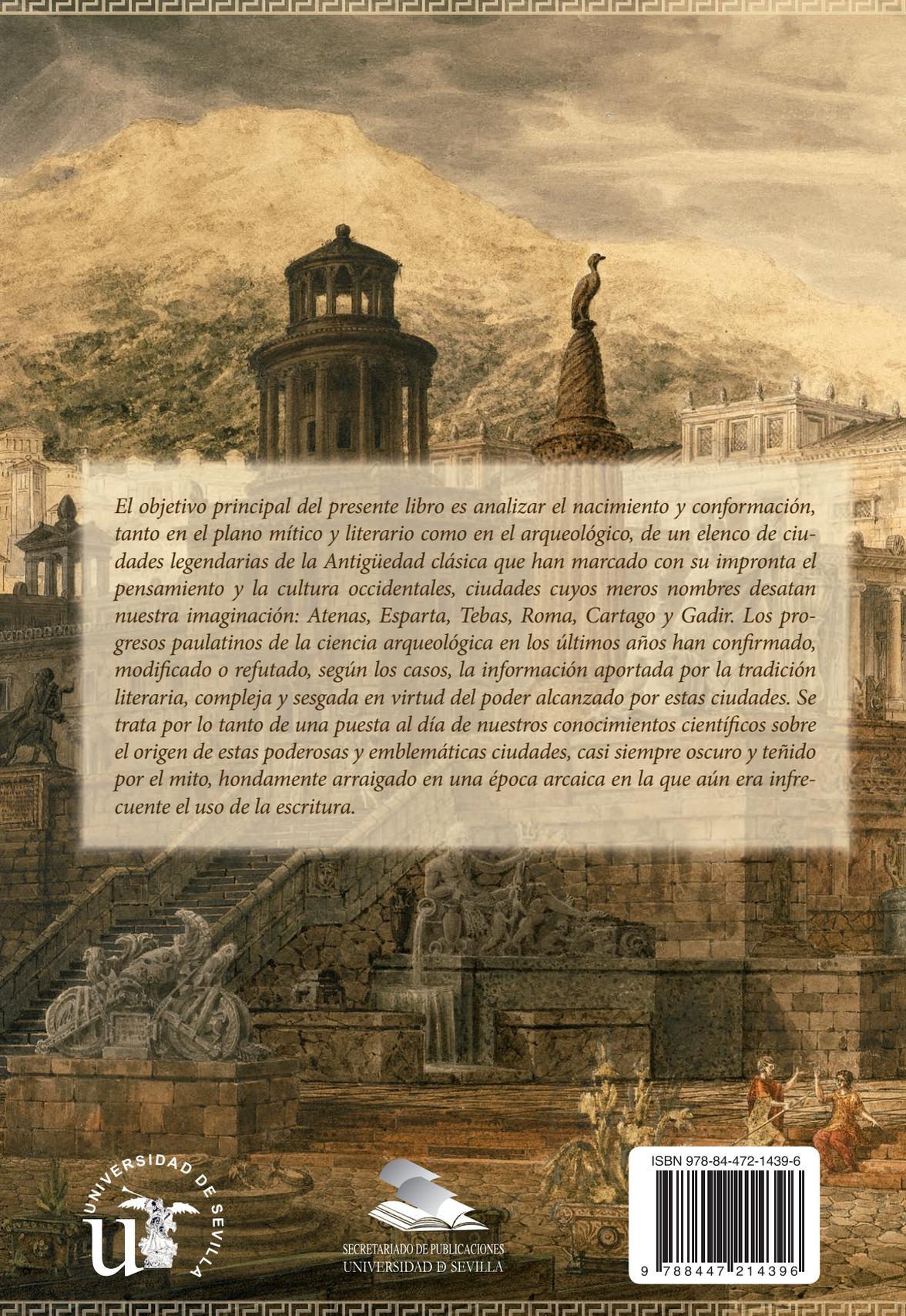
A unos treinta metros al suroeste del Primer palacio, entre las calles de Antígona, de Epaminondas y de Píndaro, un conjunto de habitaciones con una orientación casi exacta N-S, forman parte de lo que se denomina “Segundo palacio” o “Nuevo Cadmeo” (fig. 7).

A este edificio pertenece la llamada “Cámara del Tesoro”, donde se hallaron ciento cincuenta objetos de ágata y lapislázuli, varias joyas de oro, diversos trabajos de marfil y un tesoro único de sellos cilíndricos, algunos pertenecientes al III milenio, y otros, los más importantes, de procedencia oriental, de Siria o Mesopotamia; por ejemplo, el sello nº 199 del rey casita Kudurru Enlil (1254-1246). También se descubrió un almacén con *pithoi* y en la calle de Pelópidas apareció parte de uno de los archivos con doscientas treinta y ocho tablillas y diversos fragmentos en Lineal B. Quizá estemos aquí ante la parte principal del palacio micénico tebano.



Fig. 7. Construcciones bizantinas y francas en el área del “Segundo palacio”. Los muros micénicos son visibles en la zona inferior derecha de la imagen.

Hacia el este del “Segundo Cadmeo”, en la calle de Pelópidas, nº 28, se excavó el llamado “Arsenal”, que comprendía una serie de almacenes pobremente preservados y del que provienen varias tablillas que presentan un estado muy fragmentario. De este lugar proceden gran cantidad de armas

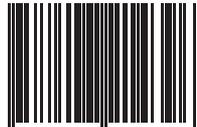


*El objetivo principal del presente libro es analizar el nacimiento y conformación, tanto en el plano mítico y literario como en el arqueológico, de un elenco de ciudades legendarias de la Antigüedad clásica que han marcado con su impronta el pensamiento y la cultura occidentales, ciudades cuyos meros nombres desatan nuestra imaginación: Atenas, Esparta, Tebas, Roma, Cartago y Gadir. Los progresos paulatinos de la ciencia arqueológica en los últimos años han confirmado, modificado o refutado, según los casos, la información aportada por la tradición literaria, compleja y sesgada en virtud del poder alcanzado por estas ciudades. Se trata por lo tanto de una puesta al día de nuestros conocimientos científicos sobre el origen de estas poderosas y emblemáticas ciudades, casi siempre oscuro y teñido por el mito, hondamente arraigado en una época arcaica en la que aún era infrecuente el uso de la escritura.*



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ISBN 978-84-472-1439-6



9 788447 214396